

David Porrinas González

# EL CID

HISTORIA Y MITO DE UN  
SEÑOR DE LA GUERRA

Prólogo de Francisco García Fitz



DESPERTA FERRO

# EL CID

HISTORIA Y MITO DE  
UN SEÑOR DE LA GUERRA



EDICIONES



DESPERTA FERRO

# EL CID

HISTORIA Y MITO DE  
UN SEÑOR DE LA GUERRA

David Porrinas González

Prólogo de Francisco García Fitz

EDICIONES



El Cid  
Porrinas, David  
El Cid / Porrinas, David  
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2019. – 432 p., 8 de lám. : il. ; 23,5 cm – (Historia Medieval) – 1.ª ed.  
D.L.: M-30519-2019  
ISBN: 978-84-120798-2-1  
94(460).02  
355.422 321.17

## **EL CID**

### ***Historia y mito de un señor de la guerra***

David Porrinas

© de esta edición:

*El Cid*

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)

ISBN: 978-84-120798-2-1

D.L.: M-30519-2019

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Documentación: Alberto Pérez Rubio

Cartografía: © Desperta Ferro Ediciones / Carlos de la Rocha

Ilustraciones: Todas las imágenes son de dominio público, excepto página 4 del pliego a color © Eduardo Kavanagh; y páginas 61, 147, 164, 219, 262 y 274 © Inés Monteiro.

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: diciembre 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2019 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

*A Diego, Laura y Ana,  
por quererme así.*

DESPERTA FERRO



EDICIONES



# Índice

Agradecimientos .....	IX
Prólogo .....	XI
Introducción .....	XV
<b>Capítulo 1</b> El siglo XI: el siglo del Cid .....	1
<b>Capítulo 2</b> Los primeros años de Rodrigo Díaz .....	47
<b>Capítulo 3</b> El primer destierro, comandante mercenario al servicio de Zaragoza .....	79
<b>Capítulo 4</b> Protector y gobernante virtual de Valencia .....	119
<b>Capítulo 5</b> Señor de la guerra independiente en torno a Valencia .....	153
<b>Capítulo 6</b> La conquista de Valencia .....	195
<b>Capítulo 7</b> Hacia la consolidación de un principado .....	247
<b>Capítulo 8</b> El Cid después de Rodrigo el Campeador: la imagen mutante de un mito viviente .....	297
Anexo: Fuentes para el estudio del Cid histórico .....	357
Bibliografía .....	375
Índice analítico .....	397



## Agradecimientos

---

La elaboración de este libro no hubiera sido posible sin la ayuda que he recibido de compañeros, amigos y familiares. Por tanto, es de justicia exponer, aun de manera breve, esas deudas contraídas. Debo agradecer, en primer lugar, a mi maestro, el profesor Francisco García Fitz, por introducirme en el estudio del Cid en el año de 1999, ya un tanto lejano. Le doy las gracias por todos estos años de magisterio y amistad y por haber accedido a escribir el prólogo.

Mi más sincera gratitud al grupo humano y profesional de la editorial Desperta Ferro Ediciones. A ellos les debo la oportunidad brindada, su ilusión y dedicación constantes y el magnífico aparato crítico que ilustra las páginas de esta obra. Gracias a Carlos de la Rocha por sus fantásticos mapas, a Mónica Santos por la revisión de estilo, índices, bibliografía y otras tareas varias. Agradecido, igualmente, al resto de trabajadores de la editorial, que han dedicado parte de su tiempo a mejorar mi trabajo. Quisiera destacar de manera especial a Alberto Pérez Rubio y agradecer su confianza, entusiasmo y esfuerzo continuos, su ilusión y cariño.

No puedo dejar de mencionar aquí a mis compañeros y amigos del proyecto de investigación *Violencia religiosa en la Edad Media peninsular: guerra, discurso apologético y relato historiográfico (ss. X-XV)*,

n.º HAR2016-74968-P, del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia. Subprograma Estatal de Generación de Conocimiento de la Secretaría de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación.

Agradecimientos especiales para los profesores Carlos de Ayala Martínez y J. Santiago Palacios Ontalva, de la Universidad Autónoma de Madrid, por darme la oportunidad de seguir investigando acerca del Cid Campeador y compartir resultados con los miembros de este y otros proyectos en los que me integraron.

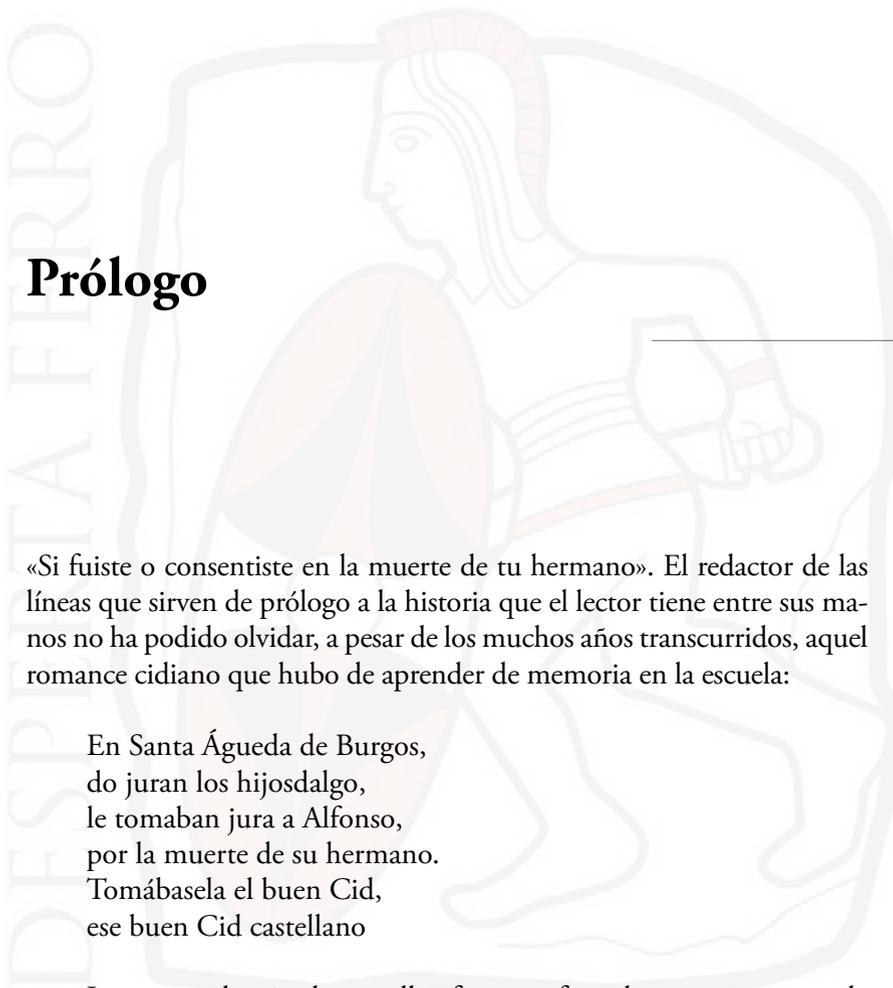
Gracias a Óscar Martín, Alberto Montaner Frutos y Alfonso Boix Jovani, pozos de sabiduría cidiana, por haber tenido a bien despejarme dudas, responderme correos y por su afecto en la distancia. A Inés Monteiro Arias y a Cristina Párbole Martín por las imágenes románicas que me regalaron.

Huelga decir que ninguno de los hasta aquí mencionados es responsable de posibles errores que puedan hallar en estas páginas, ya que esa responsabilidad recae, únicamente, en quien escribe.

Agradecido igualmente a mis amigos y compañeros del Área de Ciencias Sociales, Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales, Lengua y Literatura de la Universidad de Extremadura, sobre todo a Juan Luis de la Montaña Conchiña y a Francisco Rodríguez Jiménez, por su aliento, amistad y por los buenos momentos vividos. A mis alumnas y alumnos de la facultad por darme la oportunidad de seguir aprendiendo. A los lectores, por acercarse a estas páginas.

Gracias también a mis familiares por su ánimo y aprecio. A mis padres y a mis hermanos, a mis suegros y cuñados. Debo agradecer de manera especial a mis hijos y a mi mujer su estímulo continuo, su amor incondicional y el haber soportado, comprendido y respetado mis «destierros» ante el ordenador. A estos últimos, a Diego, Laura y Ana, va dedicado este libro.

## Prólogo



«Si fuiste o consentiste en la muerte de tu hermano». El redactor de las líneas que sirven de prólogo a la historia que el lector tiene entre sus manos no ha podido olvidar, a pesar de los muchos años transcurridos, aquel romance cidiano que hubo de aprender de memoria en la escuela:

En Santa Águeda de Burgos,  
do juran los hijosdalgo,  
le tomaban jura a Alfonso,  
por la muerte de su hermano.  
Tomábasela el buen Cid,  
ese buen Cid castellano

La contundencia de aquellas frases, reforzadas, a su vez, por la grandeza del héroe que perfila y exalta el *Cantar de mio Cid*, condicionó durante décadas la imagen que de Rodrigo Díaz tuvo este prologoista. Tardó mucho tiempo en descubrir que el héroe no era el personaje histórico y que nunca hubo juras en Santa Gadea.

Seguramente, no es una cuestión personal, ni siquiera generacional: la fortaleza de la leyenda y del mito se impusieron, desde poco tiempo después de la muerte de Rodrigo, sobre los rasgos y las actuaciones

del personaje histórico. Revertir esta realidad tal vez sea una obligación del historiador, que dispone de algunas armas, pero no muchas, para hacerlo. Ciertamente, hay fuentes fidedignas, como la *Historia Roderici* o los relatos de Ibn Alqama, y centenares de estudios que permiten crear el contexto en el que se desarrolló su vida, pero las zonas de penumbra siguen siendo amplísimas.

Conociendo estas limitaciones, David Porrinas se ha propuesto aportar su propio esfuerzo a los de quienes le han precedido en este auténtico reto: aquí el lector no encontrará al héroe del *Cantar*, ni a un personaje de ficción, ni a un símbolo nacional. Se topará, por el contrario, con un ser de carne y hueso, con un producto social de su propio tiempo y coyuntura.

Pero, al mismo tiempo, el lector tendrá la oportunidad de conocer, en cada momento, las incertidumbres y límites que rodean al trabajo del historiador y, con ello, las del conocimiento histórico que es capaz de generar: una y otra vez leerá en este libro que las interpretaciones acerca de tal o cual hecho son contradictorias, que no sabemos, que desconocemos, que no estamos seguros, que esta o aquella noticia solo está recogida en fuentes tardías y poco fiables. Son las arenas movedizas por las que transcurre una investigación honesta: se hacen preguntas que no tienen respuestas o que, de tenerlas, son extremadamente prudentes y advirtiendo siempre al lector de las insuficiencias de nuestras fuentes y de los límites del conocimiento histórico en torno a la figura del Cid.

No obstante, el resultado no defrauda, al menos para quien esté interesado en la historia: hasta donde se puede reconstruir, se ofrece la biografía y el perfil social de un hombre y del grupo de guerreros que lo acompañaban en las fronteras de un mundo en expansión, el occidental, pero en el marco específico y fascinante del siglo XI ibérico, un panorama en ebullición en el que intervienen núcleos políticos del norte en plena fase de crecimiento, un al-Ándalus fragmentado y enfrentado en reinos de taifas y un imperio bereber dispuesto a detener a los primeros y a unificar a los segundos.

El magma político resultante es un escenario marcado por la violencia en el que, de una parte, la confrontación armada y, de otra, la relación política entre los protagonistas, que muchas veces no es sino la consecuencia de una extorsión militar que se concreta en la exigencia de parias, determinan las formas de actuación de todos.

Es en este contexto, en unas fronteras tan violentas como fluctuantes, donde personajes como el Cid encuentran un nicho propicio para su desarrollo: guerreros capaces de conformar y liderar su propia

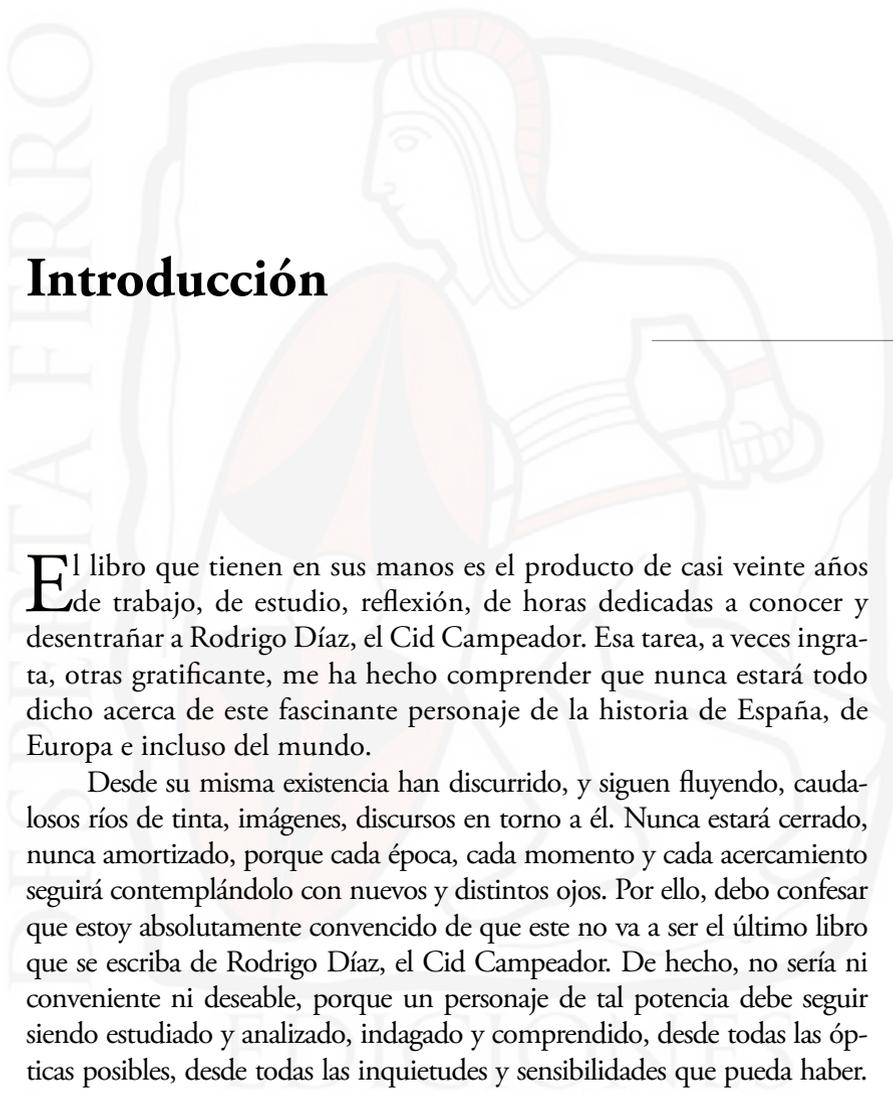
mesnada, que actúan ya al servicio de unos y de otros, cristianos o musulmanes, según la coyuntura o la conveniencia, ya por cuenta propia o en persecución de sus intereses particulares.

El autor nos desgrana, a lo largo de los capítulos, los principales jalones de su biografía, desde sus orígenes familiares y su infancia o adolescencia hasta el momento culmen de su trayectoria militar y política, cuando entra y se consolida en Valencia, convertida en un señorío personal. Entre aquellos primeros remotos momentos burgaleses de su vida y sus últimas vicisitudes levantinas se van sucediendo éxitos y fracasos, exilios, frustraciones y victorias: sus primeras acciones de armas junto con Sancho II de Castilla en las batallas de Llantada y Golpejera o en el asedio de Zamora; los servicios prestados a Alfonso VI como cobrador de parias en la taifa de Sevilla y el consiguiente enfrentamiento campal con el conde García Ordóñez en Cabra; el primer destierro en Zaragoza, donde actuaría con eficiencia como mercenario del rey de aquella taifa, aprendiendo los complicados entresijos políticos de la frontera del Ebro, enfrentándose al gobernante musulmán de Lérida y derrotando al rey de Aragón y al conde de Barcelona en Almenar y en Morella; testigo distante de la conquista de Toledo, de la llegada de los almorávides y de la derrota castellana en Zalaqa; «protector» de la taifa valenciana en nombre de Alfonso VI, teniendo entonces la oportunidad de conocer de primera mano la realidad levantina y de comprender las posibilidades de actuación política y militar que se le abrían en aquella zona para comenzar a desarrollar su propio papel como señor de la frontera, como autónomo señor de la guerra; la frustrada campaña de Aledo, la ira regia y el segundo destierro en tierras valencianas, convertidas ahora de manera definitiva no solo en el sustento de su mesnada –a través de la extorsión, el botín y las parias–, sino también en su gran objetivo político y militar, para lo cual hubo de enfrentarse al resto de los actores con intereses en la zona, desde Castilla a Zaragoza o Lérida, a cuyo servicio estaba el conde de Barcelona, que, otra vez, fue derrotado por el Cid en el pinar de Tévar; el asedio y conquista de la ciudad de Valencia y su posterior defensa frente a la presión almorávide, a los que derrotó en Cuarte y en Bairén.

Sus acciones son tantas y tan significadas que, además de crear un mito que acabó devorando al personaje histórico, ha dado material suficiente a novelistas, cineastas, pintores o propagandistas para la elaboración de sus propias creaciones.

Por ello, es necesario insistir en que no lo han tenido fácil los historiadores a la hora de discernir entre lo legendario o lo literario de la figura que fue de carne y hueso. Toda una serie de investigadores ha venido intentándolo, desde el magno esfuerzo de Menéndez Pidal hasta los más recientes de Fletcher, Martínez Díez, Peña Pérez, Montaner Frutos, Boix Jovaní o nosotros mismos. La lista es más larga, pero el autor de la obra que el lector tiene en sus manos, que también ha contribuido, desde hace ya casi dos décadas, al conocimiento y contextualización del Cid histórico en otras publicaciones académicas, nos ofrece un relato sintético, accesible a un público amplio, pero no por ello menos académicamente riguroso.

Francisco García Fitz  
Catedrático de Historia Medieval  
Universidad de Extremadura



## Introducción

El libro que tienen en sus manos es el producto de casi veinte años de trabajo, de estudio, reflexión, de horas dedicadas a conocer y desentrañar a Rodrigo Díaz, el Cid Campeador. Esa tarea, a veces ingrata, otras gratificante, me ha hecho comprender que nunca estará todo dicho acerca de este fascinante personaje de la historia de España, de Europa e incluso del mundo.

Desde su misma existencia han discurrido, y siguen fluyendo, caudalosos ríos de tinta, imágenes, discursos en torno a él. Nunca estará cerrado, nunca amortizado, porque cada época, cada momento y cada acercamiento seguirá contemplándolo con nuevos y distintos ojos. Por ello, debo confesar que estoy absolutamente convencido de que este no va a ser el último libro que se escriba de Rodrigo Díaz, el Cid Campeador. De hecho, no sería ni conveniente ni deseable, porque un personaje de tal potencia debe seguir siendo estudiado y analizado, indagado y comprendido, desde todas las ópticas posibles, desde todas las inquietudes y sensibilidades que pueda haber. Esta obra es producto de una más de esas múltiples sensibilidades que han contemplado a un protagonista de una parte de la amplia historia de España, europea y mundial. Una más. Y, por tanto, no pretende para nada ser exclusiva ni hegemónica, sin tan solo una más, la de un autor que ha gozado estudiando lo que ha terminado por convertirse en una pasión.

Porque Rodrigo Díaz, el Cid Campeador, tiene un magnetismo que atrapa, un «algo» que seduce. Si así no fuese, no se habrían producido tantos «cides» diferentes desde, prácticamente, el fin de su existencia física hasta hoy. Pocos personajes históricos han generado tantas y tan dispares opiniones y versiones, tantas representaciones, debates y polémicas, admiraciones y aversiones, manipulaciones y malentendidos. Y, si eso es así, me he preguntado siempre, es por algo aunque, he de confesar, aún no he conseguido dar con la respuesta, y puede que nunca lo logre. Porque hay fenómenos que, simple y llanamente, son imposibles de comprender y mucho menos de explicar.

El libro que aquí se presenta nace del estudio de la guerra y de la caballería en los siglos centrales de la Edad Media castellana y leonesa, temática que analicé en mi tesis doctoral. Mientras elaboraba esa investigación, prolongada y un tanto ardua, estudiaba también al Cid desde el punto de vista académico, con el oficio y la metodología del historiador. De hecho, mis primeras publicaciones y participaciones en congresos científicos versaron en torno a la temática cidiana, muy vinculada a esas otras materias más amplias en las que me encontraba trabajando. Ni que decir tiene que Rodrigo Díaz, el Cid Campeador, aportó mucha luz a ese trabajo más extenso.

Es por ello que esta obra presta una atención especial a todo lo relacionado con el mundo de la guerra y la caballería que envolvió a Rodrigo Díaz. Porque el Cid que ustedes van a encontrar en las páginas siguientes es, en primer lugar, un guerrero, comandante de tropas al tiempo que combatiente, personaje histórico de la segunda mitad del siglo XI dedicado, fundamentalmente, a la actividad bélica, excepcional y original en varios sentidos, pero, en el fondo, hijo de su propio tiempo. A presentar ese escenario de finales del complejo y convulso siglo XI está dedicado el primer capítulo. Porque Rodrigo Díaz no puede entenderse sin que se le sitúe en el marco de la península ibérica, la Europa y el Mediterráneo de ese momento. Un punto de inflexión para la historia europea de la segunda mitad del siglo XI que generó otros individuos que guardan similitudes con Rodrigo Díaz, en especial caballeros normandos aventureros que conquistaron territorios que transformaron en señoríos en el sur de la península itálica y Sicilia. Rodrigo Díaz es un producto de la *fitna*, la guerra civil surgida tras la disolución del califato de Córdoba y su fragmentación en múltiples reinos de taifas. Solo en ese contexto convulso de violencia y confusión es donde un oportunista como él podía desarrollarse y lograr el éxito. Aquel mundo fragmentado y enfrentado era terreno abonado para un aventurero, un señor de la guerra que supo moverse con habilidad en las fronteras, entonces difusas, entre islam y cristiandad.

Es muy poco lo que sabemos de sus primeros años de vida, de su infancia y adolescencia. Los pocos restos que de esas etapas vitales nos han llegado pueden ayudarnos a componer un cuadro un tanto impresionista y borroso que va adquiriendo definición y colorido a medida que los años avanzan. A esos años juveniles dedicamos el segundo capítulo del libro, para adentrarnos, en el siguiente, en los de su primer destierro, aquellos que le permitieron integrarse de pleno en la realidad islámica de un reino de taifas.

No puede entenderse la evolución posterior de Rodrigo Díaz sin ese tiempo de servicio militar y diplomático a los príncipes de Zaragoza, periodo en el que tuvo la ocasión de articular, entrenar y comandar a un ejército híbrido de cristianos y musulmanes. Un tipo de hueste combinada que se convirtió desde entonces en el principal soporte de Rodrigo Díaz, en el resorte esencial de su poder. Aquellos años formativos le permitieron conocer de primera mano las complejas interioridades de un reino taifa así como participar, de alguna forma, en su gobierno, como responsable de la organización militar en aquel principado. Tras los años de exilio retorna a Castilla durante un breve lapso, porque es en su tierra de origen, precisamente, donde Rodrigo Díaz pasó menos tiempo a lo largo de su vida. El perdón del rey lo llevó a Valencia, a actuar allí como un agente del emperador Alfonso VI, árbitro en las relaciones políticas en la Península de aquel tiempo, articulador de un orden basado en la extorsión, la fuerza militar y el cobro de parias. Rodrigo practicó, a pequeña escala, ese modelo de dominio basado en la presión bélica y en el drenaje de dinero hacia sus arcas.

A esas cuestiones, siguiendo la lógica secuencia temporal de acontecimientos, se dedica el cuarto capítulo, para encontrar a Rodrigo de nuevo desterrado en el siguiente. En él descubriremos a un Campeador tan hibridado como la hueste que comandaba, a un señor de la guerra independiente que aglutina las nociones políticas, jurídicas, económicas, diplomáticas y militares de los dos mundos en los que había habitado, el cristiano y el musulmán. Durante ese periodo, centró sus energías en el dominio de Valencia y, para conseguirlo, se enfrentó, de nuevo, a enemigos cristianos y musulmanes y neutralizó a adversarios de distinta naturaleza, lo que le permitió ampliar y consolidar un señorío virtual en torno a la ciudad del Turia, cuyo control vio seriamente comprometido por la irrupción de los almorávides en la región. A partir de ese hecho, Rodrigo inició una fase de intenso hostigamiento a la capital de la taifa valenciana sin más recursos que los que él mismo pudo conseguir, por lo que se vio obligado, en numerosas ocasiones, a la improvisación, a una continua reinención y readap-

tación a circunstancias cambiantes. Porque el avance almorávide modificó y alteró un *statu quo* peninsular que Alfonso VI había implantado durante años en la Península y Rodrigo Díaz en la taifa de Valencia. Esa coyuntura de cambios en las relaciones entre cristianos y musulmanes coincidió con los años más activos e intensos del Campeador.

En el capítulo sexto, Rodrigo se entrega a la tarea de conquistar Valencia, para lo que se valió de todas las armas, físicas y psicológicas, que tuvo a su alcance o que él mismo supo concebir. Ese prolongado y complejo asedio, algunos de cuyos detalles conocemos gracias a un cronista musulmán que vivió en aquellos días, colocó al guerrero castellano ante distintos retos, ante diferentes exigencias. Y es que pocos asedios del periodo fueron tan narrados de manera tan detallada como al que sometió a la ciudad del Turia Rodrigo Díaz, en el que se dieron distintas fases, así como diferentes grados de intensidad y presión militar, donde los ataques directos se alternaron con la impermeabilización total a los sitiados, la transformación de algunos arrabales en mercados prósperos, el empleo de la insurgencia y la contrainsurgencia, del terror y la brutalidad y la negociación y los pactos. Gracias a la combinación de distintas tácticas, que configuraron una estrategia global cidiana, Rodrigo consiguió que la ciudad codiciada se le entregase en junio de 1094.

En el siguiente capítulo se estudia a un Rodrigo que no hizo otra cosa que trabajar para consolidar su poder en la ciudad conquistada y eliminar cualquier obstáculo que se interpusiera entre él y su objetivo. Comenzó una política represiva encaminada a neutralizar posibles elementos insurgentes y ordenó la ejecución del gobernante a quien se había comprometido mantener en el trono y proteger, desarmó a la población potencialmente peligrosa y aumentó la presión fiscal sobre sus gobernados. Todo ello, lo hizo plegándose y adaptándose a las estructuras jurídicas, económicas y tributarias islámicas preexistentes, gobernando más a la manera de un rey de taifas musulmán que como un príncipe cristiano feudal. No podía ser de otra manera, pues el Campeador carecía de los recursos demográficos necesarios para consolidar su conquista y se vio obligado a amoldarse a un sistema que conocía bien por haberlo ya explotado con anterioridad, mientras era protector de la ciudad en nombre de Alfonso VI.

Con todo, nos encontramos ante el primer rey de taifas cristiano, ante el primer señor cristiano que gobierna un señorío, salvo por meras cuestiones externas, como un musulmán, lo que da muestra, una vez más, de un pragmatismo prosaico y una capacidad de adaptación que siempre lo caracterizaron. En el transcurso de esos primeros años de go-

bierno valenciano no dejó de sentir la presión de unos almorávides que ya habían controlado la mitad sur peninsular y cuyo líder supremo, Yúsuf ibn Tašufín, «Príncipe de los Creyentes», había marcado la recuperación de Valencia como uno de sus objetivos prioritarios. La contención de los norteafricanos constituyó todo un reto para el nuevo gobernante de Valencia, una tarea a la que tuvo que consagrar todas sus energías.

Pocos meses después de haber conquistado la ciudad, fue asediado con los suyos y debió solucionar la situación como mejor sabía hacer, con muestras, una vez más, de ingenio militar, valentía, astucia y aprovechamiento de recursos tácticos y psicológicos. Logró estrechar alianzas con distintos poderes, cristianos y musulmanes, que rodeaban a su principado, pues no se conformó con lo ganado, sino que intentó ir más allá al hacerse con el control de otras posiciones importantes que dieron cuerpo a ese señorío valenciano. Junto con uno de esos aliados, el rey Pedro I de Aragón, se enfrentó, de nuevo, a los almorávides en una gran batalla campal en la que consiguió, una vez más, imponerse al enemigo.

Tres años después de la conquista recibió el mayor golpe que le propinó la vida, la muerte de su único hijo varón, Diego Ruíz, el cual cayó en una batalla contra los almorávides, un enemigo al que solo Rodrigo pudo derrotar en campo abierto en el intervalo de unos veinte años. La desaparición de su heredero condicionó las estrategias del Campeador, pues se vio obligado a dar un giro a su orientación política, que empezó, desde entonces, una cristianización del territorio conquistado que, hasta ese momento, había ido aplazando. En esa nueva política cidiana, tendente, tal vez, a estrechar alianzas con un papado que había iniciado las cruzadas, desempeñó un rol destacado el obispo cluniacense Jerónimo de Perigord.

Tan solo un año después de convertir la mezquita de Valencia en catedral, y de haber llevado a cabo su última conquista, la de Murviedro (Sagunto), Rodrigo falleció en Valencia por causas naturales, o quizá por el agotamiento que había provocado una vida errante consagrada al ejercicio de la guerra, en la que había sido herido de gravedad, al menos, en dos ocasiones. Jimena fue, desde entonces, la encargada de preservar el principado de Valencia, pero estaba demasiado sola en tal empresa y solo resistió tres años durante los cuales hizo todo cuanto estuvo en sus manos para, al menos, trazar caminos que llevaran en el futuro a los suyos a la recuperación de lo que se perdió sin remedio.

En julio de 1099, Rodrigo Díaz, el hombre, murió en Valencia. Aunque muy poco tiempo después nació el mito de Mio Cid Campeador, que inició, desde entonces, un proceso complejo y apasionante, el

de la transformación continua del hombre en leyenda, el de la eterna reinterpretación de un mito vigente. Y es que apenas cincuenta años después de su muerte aparecieron las primeras referencias a un «Mio Cid» que cuajó, décadas más tarde, en la obra cumbre de la literatura medieval castellana, el *Cantar de mio Cid*. Juglares, trovadores y cronistas no hicieron sino dar forma a una leyenda mutante, de tal manera que, a partir de entonces, cada siglo contó con su propio Cid Campeador, cada época alumbró a un nuevo héroe, reflejo de las inquietudes y visiones de cada momento.

A ese proceso de transformación continua, reinterpretación y mutación que empezó en el siglo XII y que se prolongó hasta la actualidad, se consagra el último capítulo de este libro. En él, el lector podrá conocer a muchos cides distintos, al de la épica y la juventud deformada, al de la leyenda y el romance, a un cid caballeresco y teatral, a un personaje satirizado, o contemplado como torero, al referente de las esencias patrias, al de la gran pantalla, el de los libros de texto, panfletos, poemas, novelas, dibujos animados, incluso algún videojuego... Amado y odiado, sublimado y condenado, admirado y criticado, distorsionado por unos y otros, el Cid ha suscitado amores y odios, debates, polémicas y un amplio abanico de visiones literarias, artísticas y las generadas por la denominada cultura popular, que siguen manifestándose en nuestra más inmediata actualidad. Y es que Rodrigo, el Cid Campeador, aún hoy sigue siendo un personaje que atrae, que genera interés, como demuestra el éxito editorial de la novela de Arturo Pérez-Reverte basada en su figura, o la expectación que ha generado el rodaje de una serie que se estrenará con la nueva década en una poderosa plataforma audiovisual.

Mas ¿a qué se debe tanto interés secular y actual en el guerrero de Vivar? Tal vez sea, en parte, por la propia trayectoria vital del hombre de carne y hueso, al líder militar y caballero despojado de vestimentas legendarias, al señor de la guerra de la segunda mitad del siglo XI. Pues fue el propio Rodrigo Díaz, conocido en vida como *Campeador*, no sabemos si también como *Sidi*, quien sentó las bases para transformarse en leyenda y mito. En este libro hemos pretendido penetrar en esa existencia histórica y analizar el recorrido vital de un combatiente y señor de la guerra que, en varios sentidos, se nos muestra como alguien excepcional que aglutina una serie de interesantes cualidades y características que lo llevaron a alcanzar el éxito en su tiempo y en los venideros. Hasta ahora, no se había abordado el estudio sistemático de la vertiente militar de Rodrigo Díaz, salvo en trabajos más breves como el publicado por Francisco García Fitz<sup>1</sup> y en otros desarrollados por quien aquí escribe.<sup>2</sup>

A la luz de las fuentes históricas disponibles, algunas de ellas, las más importantes, brevemente comentadas en el anexo del libro, descubrimos en Rodrigo Díaz una serie de características en las que merece la pena detenerse. A lo largo de las siguientes páginas se valorarán en sus diferentes contextos, pero no está de más reseñarlas en esta introducción, aunque sea de forma sucinta y esquemática, ya que una de esas cualidades, esencial para entender al personaje histórico, es la gran capacidad de aprendizaje y adaptación que mostró a lo largo de su vida. Rodrigo Díaz supo aglutinar las virtudes de los dos mundos en los que se vivió, el cristiano feudal y el islámico tributario. Gracias a ello, supo convertirse en una especie de híbrido militar y político que pudo desenvolverse en contextos cristianos y musulmanes y moverse como pez en el agua en el mundo fronterizo en el que habitó. A lo largo de las páginas que siguen podremos hacernos una idea de esa capacidad camaleónica y adaptativa del guerrero burgalés, una cualidad que le permitió adaptarse a circunstancias cambiantes y adversas.

Otra de las claves del éxito del Campeador, relacionada con la anterior, fue su pericia para articular una hueste híbrida de cristianos y musulmanes, la organización y mantenimiento de un ejército permanente y profesional en un momento en el que no existían aún los ejércitos permanentes y profesionales. La base de su fuerza, el principal resorte de su poder y una de las claves de su éxito fue, precisamente, ese contingente combinado, el mestizaje de efectivos, tácticas, combatientes y tradiciones guerreras cristianas e islámicas. A partir de una pequeña mesnada de caballeros cristianos bien armados y disciplinados, leales a su líder y solidarios entre sí, Rodrigo construyó un núcleo combativo cohesionado al que se fueron sumando otros cuerpos militares que dotaron de masa y músculo a ese cerebro central.

Rodrigo Díaz logró esa cohesión de tropas gracias a otra de sus cualidades fundamentales: la implicación personal en los combates. Y es que, si un líder pretende la adhesión, implicación y lealtad de los suyos, no hay nada como predicar con el ejemplo y, en ese sentido, el Campeador es paradigmático. Tenemos pruebas suficientes como para contemplar en Rodrigo a un comandante modélico y a un combatiente esforzado que sufría los mismos padecimientos, las mismas penalidades que los hombres a quienes comandaba, pues participaba en persona en cabalgadas, asedios, escaramuzas y batallas. Rodrigo sufrió como cualquiera de sus hombres, soportó con ellos las inclemencias meteorológicas, las largas marchas a caballo, la vida castrense en campamentos y fortalezas medio derruidas, en bosques y quebradas. Sangraba y

se afligía, como muestran las dos ocasiones en las que fue herido de gravedad por sus enemigos. Esa implicación personal y capacidad de resignación reforzaron la cohesión de unas tropas que actuaron como un solo hombre.

El continuo deambular de un lado para otro permitió a Rodrigo convertirse en un experto conocedor del terreno, de la topografía y de las ventajas que de ello podían derivarse en la guerra. No pueden entenderse algunos de los éxitos militares que alcanzó sin ponderar dicha capacidad para leer e interpretar desde la óptica bélica las distintas potencialidades que podía ofrecer el terreno, los escenarios de guerra y el combate. Rodrigo Díaz consiguió convertir algo tan básico como la topografía en un potente recurso militar más. Porque otra de las características que nos permiten definir al Campeador es su inteligente y óptimo aprovechamiento de distintos recursos militares, físicos y psicológicos, a su alcance.

Hemos ido apuntando hasta ahora que Rodrigo Díaz se caracterizó también por la explotación de recursos psicológicos, que tampoco puede entenderse sin ese empleo, a veces intenso, de la psicología humana, de la propia y de la ajena. Así pues, el Cid supo utilizar las emociones de los hombres y convertirlas en un arma más con la que combatir. A su propia valentía personal, que inspiró y motivó a los suyos para el combate, hay que sumar el inteligente uso del miedo para debilitar a sus adversarios. El miedo fue un arma de la que Rodrigo se valió con intensidad durante el asedio a Valencia, sobre todo durante sus fases finales, cuando mostró su faceta más extrema, descarnada y brutal, al atemorizar a los valencianos mediante torturas y ejecuciones de sus correligionarios, unas acciones que minaron su resistencia psicológica y facilitaron la rendición final.

Rodrigo Díaz también se benefició, al menos en dos ocasiones, de un arma psicológica como es propalar rumores. Gracias a ello, se alzó con el triunfo en dos significativas batallas campales, dos de sus victorias más importantes.

A todo ello debemos sumar el factor suerte, eso que los musulmanes llaman *baraka*, que complementó sus propias destrezas en alguna ocasión. Suele decirse que la suerte acompaña a los valientes y tal vez el Campeador sea una prueba de la validez de ese aserto.

Se han enumerado hasta aquí algunas de las claves que nos permiten contemplar a un Campeador astuto, meticuloso, analítico, valeroso y pragmático. Tales cualidades permiten entender cómo alcanzó los dos grandes logros militares que terminaron por convertirlo en leyenda.

Una de ellos es la conquista de Valencia, ya mencionada, una empresa ardua para un comandante en sus circunstancias, pues el Rodrigo que conquistó Valencia no era rey ni un gran señor, por lo que carecía de un territorio propio en el que abastecerse de hombres, armas, pertrechos y víveres, de un lugar a sus espaldas en el que encontrar refugio en la adversidad y recursos en la necesidad. Lo más parecido que tuvo a una retaguardia fue el reino taifa de Zaragoza de forma coyuntural. Todo lo demás tuvo que crearlo e improvisarlo él mismo. Hasta la fecha, solo se había conquistado una gran ciudad islámica amurallada en la Península, Toledo, ganada por Alfonso VI tras unos siete años de negociaciones, extorsiones y presión política y militar. La ciudad del Tajo había sido tomada nueve años antes por Alfonso VI, emperador, el señor más poderoso de la península ibérica, dueño de un vasto territorio y una red de solidaridades nobiliarias y concejos de frontera. Rodrigo Díaz expugnó Valencia en algo menos de dos años, sin más recursos que su propio ejército y ciertas ayudas del rey de Zaragoza. Alfonso VI no tuvo quien le disputara la conquista de Toledo, mientras que Rodrigo tuvo que enfrentarse a Berenguer Ramón II de Barcelona, a los almorávides y al mismo emperador cristiano. Por todo ello, la toma de Valencia constituye el mayor éxito del Cid.

El otro gran logro alcanzado por el Campeador fue el hecho de resultar victorioso en varias batallas campales, en un tiempo en el que esa operación militar se eludía, se evitaba en la medida de lo posible por su peligrosidad, riesgo e incertidumbre. Eminentes líderes militares y conquistadores medievales nunca participaron en ellas. Alfonso VI, por ejemplo, se vio involucrado en dos, Zalaqa y Consuegra, y en ambas resultó derrotado. Rodrigo Díaz comandó sus tropas en, al menos, seis batallas campales y en todas ellas se alzó con la victoria. La mayoría de esos combates tuvo que afrontarlos en desigualdad de condiciones, al enfrentarse a ejércitos más numerosos y, quizá, mejor armados que el suyo. Las cualidades aludidas y, en alguna ocasión la ayuda de ese factor suerte mencionado, permitieron a Rodrigo Díaz conseguir un éxito inédito en otros líderes militares medievales. Esa invencibilidad en la batalla constituyó un argumento ampliamente repetido en las mitificaciones posteriores.

En conclusión, la trayectoria vital de Rodrigo Díaz resulta fascinante, más incluso que las apasionantes mitificaciones, por ello, merece ser estudiada y presentada al público, aun siendo consciente de que quedan aspectos por indagar, facetas en las que profundizar, asuntos por descubrir de esa vertiente militar. Espero que el lector de estas páginas

pueda conocer a un nuevo Cid, al señor de la guerra que se convirtió en leyenda gracias, en buena medida, a esas cualidades y éxitos bélicos que lo acompañaron en vida. Espero, igualmente, que el lector de estas páginas disfrute con el resumen final de un proceso de mitificación complejo, cambiante y atrayente.

## **Notas**

---

- 1 *Vid.* García Fitz, F., 2000, 383-418.  
2 *Vid.* Porrinas González, D., 2003b, 163-204; 2003, 223-242; 2005, 179-188; 2008, 167-206; 2015b, 489-522; marzo 2017, 22-30; 2018, 109-133; 2019, 367-400; 28 de noviembre de 2018, [[www.alandalusylahistoria.com](http://www.alandalusylahistoria.com)]. También pueden encontrarse algunos análisis de esa vertiente militar cidiana en Porrinas González, D., 2015, disponible en línea para consulta.

## El siglo XI: el siglo del Cid



Talibus armis ornatus et equo,  
–Paris uel Hector meliores illo  
nunquam fuerunt in Troiano bello,  
sunt neque modo–

[De tales armas y caballo ornado,  
–ni Paris ni Héctor a éste superiores  
en la guerra de Troya jamás fueron,  
ni lo es hoy nadie–]\*

Pocos siglos han sido tan determinantes en la historia de Europa, y, por ende, del mundo, como el siglo XI. Y es que, durante el periodo que lo inaugura, el que se prolonga desde el año 1000 hasta el 1350, hoy llamado Plena Edad Media o Edad Media Central, fueron muchos los cambios que experimentó ese ámbito que denominamos Europa. Un espacio que, en cierta medida, se empezó a conformar como tal, o, al menos, en el que se asentaron algunas primeras bases a lo largo de ese arco cronológico.<sup>1</sup>

\* Alberto Montaner y Ángel Escobar, *Carmen Campidoctoris o Poema latino del Campeador*, estudio preliminar, edición, traducción y comentario, Madrid, España Nuevo Milenio, 2001, 125-128.

El siglo XI es el punto de partida, el momento en el que se iniciaron algunas de las significativas mutaciones que determinaron, más adelante, la fisonomía e idiosincrasia europeas.

Algunos autores sostienen que, durante esa centuria, se asistió al despertar de una cristiandad hasta entonces en repliegue, amenazada por pueblos no cristianos como los musulmanes en el Mediterráneo, en la península ibérica, en el sur de Italia, Sicilia y Anatolia; los pueblos nórdicos (vikings) desde las heladas tierras escandinavas y el Báltico; eslavos desde las riberas de ese mismo mar y las estepas de Polonia, Lituania, Estonia, Livonia...; o magiares y búlgaros desde las llanuras de Europa central, etc.

En el territorio que hoy conocemos como Europa occidental se habían venido formando reinos y principados que tenían en común –a grandes rasgos y con peculiaridades regionales específicas– una organización política, social y económica que se puede denominar «feudovassallática» o «feudal», o al menos «prefeudal», en la que tenían una destacada importancia las relaciones de dependencia interpersonal entre señores, vasallos y siervos,<sup>2</sup> así como la práctica de una religión común, el cristianismo, en cuya cabeza se situaba un papa residente en Roma que vio incrementado tanto su poder como la influencia ideológica, política y mental precisamente a lo largo de este siglo XI. La situación del papado hasta ese momento, y durante la primera mitad de dicha centuria, fue similar a la del resto de la Europa occidental: la de unos Estados replegados y amenazados sobre todo por musulmanes. El siglo XI fue también, así pues, el del comienzo de la expansión del papado y de sus ideas reformadoras y universalistas, hasta convertirse, en el transcurso de los últimos cincuenta años del siglo, en una institución poderosa en lo ideológico, árbitro en los asuntos políticos de los emperadores, reyes y príncipes territoriales, con capacidad para quitar legitimidad a reinos, principados o señoríos antiguos o nuevos. La manifestación más espectacular de esa política papal expansiva la constituyó la primera cruzada, un complejo y multifacético movimiento que concluyó con el resonante éxito de la conquista de Jerusalén en julio de 1099, a pocos días de la muerte del protagonista de este libro, Rodrigo Díaz, el Campeador, acaecida en Valencia el 10 de julio de aquel año.<sup>3</sup>

Determinados autores se han referido al siglo XI como «siglo de las cruzadas». Sin embargo, en sus décadas no se asiste sino al nacimiento y primera materialización de ese fenómeno cruzado, como idea y como práctica, y son las centurias posteriores, en especial los siglos XII y XIII, los verdaderos «siglos de las cruzadas», por la extensión

e intensidad en el desarrollo de ese fenómeno militar, político, religioso, económico y cultural.<sup>4</sup> Más que de «siglo de las cruzadas», tal vez debamos hablar de siglo del inicio de la expansión occidental, ya que, en ese intervalo, las fronteras de la Europa cristiana y feudal comenzaron a dilatarse. Europa se amplía contra enemigos de distinta religión que hemos mencionado más arriba. Las cruzadas, o más exactamente una «primera cruzada» que dio inicio al fenómeno cruzado, no fueron sino una manifestación más de ese «despertar de Europa» o «triunfo de la cristiandad» que se plasmó en otros escenarios «europeos» como los enunciados.<sup>5</sup> Esa Europa en expansión, en especial a partir de mediados del siglo XI, es el mundo en el que surgió y se desarrolló la figura del Cid, de la que resulta complicado entender su trayectoria y significación sin tener en cuenta algunos aspectos generales.

## EL CRECIMIENTO ECONÓMICO Y DEMOGRÁFICO

Europa occidental asistió durante el siglo XI a un crecimiento económico y demográfico que tuvo sus orígenes a mediados de la anterior centuria, aproximadamente. No está demasiado claro si el incremento de la población trajo como resultado una mejora generalizada de las técnicas agrícolas o si fue al contrario. Lo cierto es que se empezó a optimizar el aprovechamiento de la tierra, gracias a la implementación del sistema de rotación trienal, que reemplazaba al modelo de rotación biennial, menos eficiente, y en el que las leguminosas se convirtieron en un cultivo relevante para la dieta y la oxigenación del suelo. De ese modo, se amplió el número de cosechas anuales y se mejoró la alimentación de las personas. Esta nueva agricultura se sirvió de innovaciones como el arado de vertedera, en sustitución del arado romano, más efectivo para la roturación de las tierras más pesadas y húmedas de las regiones de la Europa septentrional y central.

A partir de ese momento, y gracias al sistema de tiro basado en la collera acolchada, el caballo se convirtió en animal de labranza en distintos puntos de Europa occidental y consiguió, por su potencia, un mejor aprovechamiento con respecto al obtenido a partir del empleo tradicional de asnos y bueyes. La solidez animal fue reemplazando cada vez más a la humana y, a su vez, se produjo una mayor eficiencia energética con el desarrollo de molinos de agua, que vinieron a sustituir a la fuerza de la sangre y a los músculos humano y animal como elemento motriz para actividades principales como son la molienda, el prensado y el abatanado.<sup>6</sup>

Pero, a pesar de esas innovaciones, las hambrunas persistieron y se dieron algunas especialmente graves. Se estima que durante el siglo XI hubo incluso más episodios que en el X. No obstante esos sucesos críticos, el crecimiento demográfico y económico se fue retroalimentando a lo largo del siglo XI, al tiempo que aumentaron las superficies de cultivo gracias a nuevas roturaciones, por lo que creció el rendimiento de las tierras y, con ello, los excedentes. Ello estimuló las relaciones comerciales, la producción artesanal, la monetización de la economía y el crecimiento urbano. La población se convirtió en el recurso económico principal de grupos sociales dominantes como la aristocracia y el alto clero. Y es que, a mayor cantidad de tierras y de hombres que las hicieran productivas, mayor era la capacidad para mantener, armar e incrementar ejércitos de caballeros, así como para financiar la construcción de castillos de piedra. Elementos que, a partir de entonces, se convirtieron en referentes efectivos, sociológicos y simbólicos, es decir, en seña de identidad medieval.

## GUERRA, CASTILLOS Y CABALLEROS

Caballeros y castillos fueron, desde entonces y más que nunca antes, uno de los resortes e instrumentos esenciales del poder que ostentaron, y en ocasiones detentaron, reyes, príncipes territoriales, altos cargos eclesiásticos y señores laicos. Los caballeros, además, constituyeron un poder en sí mismos, una potencia necesaria para llevar a cabo la expansión territorial de la que Europa y el Mediterráneo fueron testigo desde el siglo XI en adelante. La guerra, donde señores, caballeros y castillos resultaron imprescindibles en el ejercicio del poder,<sup>7</sup> fue una realidad ubicua en la Edad Media en general y en el siglo XI en particular. La actividad guerrera, basada en caballeros y castillos, resultó una clave de bóveda para entender la trayectoria y significación de Rodrigo Díaz, precisamente la realidad donde debemos centrar nuestro análisis y atención. Mas quizá convenga esbozar unas primeras pinceladas acerca de la naturaleza de la guerra en la Edad Media, unas ideas previas y resumidas que desarrollaremos más adelante, cuando sea necesario explicar distintos aspectos relacionados con el Campeador.

El siglo XI fue también revolucionario en la evolución de las formas de hacer la guerra. Fue a partir de ese momento cuando la caballería se convirtió en elemento determinante y dominante en los campos de batalla. Tal cosa fue así, entre otros motivos, gracias al desarrollo de una nueva táctica guerrera: la carga de caballería. Un procedimiento



**Figura 1:** Izquierda: El conocido como casco de Olmutz es uno de los escasos ejemplares de este tipo de cascos del siglo XI que se han conservado. Es de hierro y forjado en una sola pieza. Kunsthistorisches Museum, Viena (Austria).

Derecha: Loriga de cota de malla, siglo XI. La cota de malla proporcionaba una protección efectiva contra los cortes, pero había de vestirse sobre una prenda acolchada –gambesón– que amortiguase las contusiones y evitase que, con el golpe, las anillas de la malla se clavasen en el cuerpo. Kunsthistorisches Museum, Viena (Austria).

Abajo: Escena del *Cantar de Roldán* representada en la catedral de Angulema (Francia), en la que el arzobispo Turpín «aguija su caballo con las espuelas de oro puro y se lanza con gran ímpetu para atacar [al rey llamado Corsablís, de Berbería]. Le parte el escudo, le destroza la loriga y le atraviesa el cuerpo con su larga lanza; la hunde bien de modo que se la extrae muerto y con el asta de plano le derriba en el camino». Esta escena y otras del *Cantar* se habrían realizado *ca.* 1118 y 1119 para celebrar la toma de Zaragoza en 1118 por Alfonso I el Batallador.



novedoso, basado en el lanzamiento de escuadrones a caballo lanza en ristre, que se fundamentaba en la conjunción de varios caballeros aliñados que atacaban con la «lanza tendida». Ello fue posible por la generalización del uso del estribo y por las mejoras en la silla de montar, que permitieron al jinete un mayor afianzamiento en su montura.

Esas novedades, cuyo origen puede situarse a mediados del siglo XI en Normandía y su generalización hacia el año 1100, fueron posibles también por los avances en el armamento defensivo que protegía al caballero. Esa equipación para la defensa consistía, básicamente, en una túnica de cota de malla llamada lorica, un yelmo cónico con protector nasal y un escudo que podía mostrar distintas formas, con la de cometa como una de las más habituales.<sup>8</sup> El Tapiz de Bayeux, confeccionado a finales del siglo XI en Normandía o Inglaterra, una especie de cómic que relata con imágenes y textos latinos bordados la campaña desarrollada por Guillermo el Bastardo para la conquista de Inglaterra, refleja de manera gráfica algunas de esas innovaciones tácticas y armamentísticas.<sup>9</sup>

Pero ¿cómo se hacía la guerra en la época del Cid?<sup>10</sup> Pudiera parecer que en las lides que se practicaban durante la segunda mitad del siglo XI, como en la Edad Media en general, la batalla campal era la modalidad de lucha más habitual. Sin embargo, en esta época, el combate era bastante menos frecuente que los asedios a castillos y fortalezas y las cabalgadas predatorias y devastadoras. Algún reputado especialista ha considerado que la guerra en la Edad Media consistió, básicamente, en unas cuantas batallas, numerosos asedios y muchas cabalgadas.<sup>11</sup> La época del Cid no supuso una excepción en este panorama general, pero es importante matizar ciertos aspectos.

En la segunda mitad del siglo XI, en concreto en el ámbito de los reinos cristianos peninsulares, la batalla campal, el choque de dos ejércitos en el campo de batalla, parece que fue más frecuente que en siglos posteriores. No solo se desencadenó en ese periodo un mayor número de batallas, sino que también estas tuvieron consecuencias significativas, ya que en algunas de ellas se produjo la muerte o el apresamiento de ciertos reyes, con todas las implicaciones políticas, sociales y psicológicas que tales acontecimientos acarreaban.

En 1037, el soberano leonés Bermudo III encontró la muerte en la batalla de Tamarón y los derechos al trono pasaron a su hermana Sancha, esposa de Fernando I de Castilla, quien, de conde de Castilla, pasó a convertirse en rey de León. En 1056, García Sánchez III de Pamplona murió en la batalla de Atapuerca en un enfrentamiento contra su her-



**Figura 2:** Iluminación del Libro de horas o Diurnal de Fernando I y doña Sancha, que representa el momento en que los monarcas de Castilla y León reciben el códice de mano de su autor, el escriba Pedro, en 1055. La reina Sancha (1037-1067) regaló el Libro de horas a su marido, el rey consorte Fernando (1037-1065), para animarlo en su devoción. Biblioteca Xeral Universitaria, Santiago de Compostela.

mano, Fernando I de Castilla, el cual, con este fallecimiento, consiguió ampliar los territorios castellanos a costa de algunas comarcas pertenecientes al reino de Pamplona y someter a su obediencia mediante vasallaje al nuevo monarca pamplonés, hijo del rey fallecido y, por tanto, sobrino de Fernando. Por poner un último ejemplo, en 1063, Ramiro I

fue asesinado en el transcurso de la batalla de Graus, en la que se enfrentó a una coalición castellano-musulmana comandada por el infante Sancho II de Castilla.<sup>12</sup> Es posible que en esa última pugna estuviera presente Rodrigo Díaz, muy joven aún, como también es factible que en el mencionado choque de Atapuerca actuara su padre, Diego Laínez.

Podemos inferir que Fernando I logró incrementar poder, territorios e influencia gracias a tres contiendas exitosas para sus armas. El rendimiento que obtuvo Fernando de las batallas campales es indudable, como lo es también que Rodrigo Díaz explotara también ese recurso militar para su propio beneficio. Es decir, la trayectoria y éxitos de Rodrigo no pueden entenderse sin su papel en los combates en los que participó, algunos de ellos buscados de forma premeditada para alcanzar unos objetivos y neutralizar a sus enemigos. Rodrigo es un caso peculiar en este sentido, porque pocos comandantes medievales, y no ya solo del siglo XI, participaron en un número tan elevado de batallas campales, unas seis en total, tanto contra enemigos cristianos como contra musulmanes. Resulta extraordinario asimismo el hecho de que Rodrigo Díaz alcanzara siempre la victoria en ese tipo de operación, peligrosa e incierta en la que, como hemos comprobado, podían morir incluso reyes. Es por ello por lo que se le llamó *Campidoctus* [Campeador], que significa algo así como «señor del campo de batalla».<sup>13</sup>

Es llamativo, por tanto, que, pese a la relativa escasez de batallas campales en la época, y de que los asedios fueran operaciones más habituales, Rodrigo Díaz interviniera en más combates que asedios y que basara en la cabalgada erosiva y predatoria buena parte de su actividad militar. Aun así, a pesar de esas particularidades y excepcionalidades, que deben destacarse y tenerse muy en cuenta, Rodrigo Díaz fue, en muchos sentidos, un modelo de las formas de hacer la guerra en la Edad Media en general y en el siglo XI en particular. El de Vivar ejecutó con éxito las tres tipologías militares principales que configuraban el paradigma bélico medieval: la batalla, el asedio y la cabalgada, y de todas ellas obtuvo beneficios evidentes.

Ya hemos afirmado que la figura de Rodrigo Díaz, el Campeador, no se puede entender sin un análisis de su vertiente militar, pues es la actividad bélica la que más sentido dio a su existencia y la que le reportó celebridad en su tiempo y fama para la eternidad. De igual modo, tampoco se puede entender el siglo XI europeo y peninsular sin tener en cuenta esa realidad bélica, que, en buena medida, condicionó la consolidación y surgimiento de reinos, principados y señoríos. El mapa europeo del siglo XI es complicado en extremo. No obstante, es intere-

sante fijar, aunque sea mínimamente, nuestra atención en ese mosaico de señoríos y reinos que fue la Europa de aquella época y centrarnos, de forma breve, en algunos escenarios relevantes.

## REINOS Y PRINCIPADOS

Había distintos ámbitos dentro de ese gran marco que es el universo europeo y mediterráneo en los que merece la pena fijar la atención, aunque sea de forma escueta, para entender el universo cidiano. Porque, por mucho que pueda parecernos lo contrario, la Europa del siglo XI, sobre todo en sus décadas finales, estaba bastante más interconectada de lo que hoy podemos imaginar. La falta de información primaria nos priva del conocimiento más profundo de unas interconexiones que hoy denominaríamos «internacionales» y que, en ese momento, podríamos llamar «interregionales», pues el concepto de «zona» o «región» sí puede resultar adecuado para referir espacios que comparten rasgos culturales, sociales, a veces económicos, similares. En ese aparente mosaico de entidades políticas en ciernes, algunas de las cuales devinieron con los siglos en naciones y Estados, la movilidad y el intercambio de ideas fueron realidades que, en muchos casos, tan solo podemos intuir y suponer.

Una de esas regiones significativas fue el incipiente reino de Francia. Relevante a lo largo del siglo XI, no tanto por su extensión territorial como por su capital simbólico, sustentado en un pasado imperial carolingio, y como por la influencia que, desde entonces, ejerció en las ideas y prácticas políticas regias en Europa occidental y que sentó ciertas bases en lo que al surgimiento y consolidación de dinastías se refiere; del mismo modo que irradió concepciones que arraigaron y se desarrollaron, con matices y peculiaridades, en otros lugares de esa Europa en formación.

A finales de la centuria anterior, Hugo había fundado la dinastía Capeto y se había erigido como titular de un reino establecido a partir de la ciudad de París, por lo que pasó, así, de ser duque de los francos a rey en el año 987, en un contexto de gran competencia entre distintas casas aristocráticas que mantenían entre sí luchas privadas. Hugo supo compensar su debilidad política con astucia al atraerse a señores territoriales principales, como el duque de Normandía y el conde de Anjou, así como a eclesiásticos poderosos e intelectuales, como Adalberón de Reims y Gerberto de Aurillac. Estos últimos, en concreto, determinaron la nueva orientación que Hugo dio a sus concepciones gubernamentales y fueron claves para entender el éxito de la dinastía Capeto.<sup>14</sup>

Adalberón era arzobispo de una de las ciudades más importantes del reino, Reims. Procedente del Imperio germánico otónida, al que siempre apoyó, tenía unas concepciones del poder regio fundamentadas en su erudición y conocimiento de los clásicos. Estaba considerado uno de los grandes intelectuales de su tiempo y convirtió la escuela catedralicia de Reims en un centro de estudio de referencia en esta época. Su gran valedor en Francia fue el conde Hugo Capeto, a quien el arzobispo devolvió los favores con el diseño de los conceptos de gobierno y sucesión en el trono que terminaron por consolidar la dinastía de los capetos franceses.<sup>15</sup>

Gerberto de Aurillac, por su parte, era uno de los sabios más destacados de la época. Nacido en Auvernia, centro-sur de la actual Francia, se formó en el monasterio de Saint-Géraud d'Aurillac, desde el que pasó al de Santa María de Ripoll, cenobio catalán en el que permaneció tres años. De ahí viajó a Córdoba y Sevilla, estableció contacto con dos de los focos culturales andalusíes más importantes y amplió conocimientos en nuevas disciplinas relacionadas con las matemáticas. Con posterioridad se desplazó a Roma como acompañante de su mentor en Ripoll, el conde Borrell II, y allí trató al papa y al emperador Otón I de Alemania, que le designó tutor de su primogénito, Otón II. Con el correr de los años, Adalberón se fijó en el talento y conocimientos de Gerberto y lo atrajo hasta la escuela de Reims, donde lo integró como maestro y donde se destacó como sabio, docente e investigador en las disciplinas que componían el modelo medieval de enseñanza: el *trivium* (gramática, dialéctica y retórica) y el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música). Tras la muerte de su protector, la vida de Gerberto sufrió varios vaivenes y se vio afectada por la llamada «querrela de las investiduras», que conoció momentos de elevada intensidad a lo largo del siglo XI.

La «querrela de las investiduras» fue una disputa acerca del poder terrenal que enfrentó a emperadores y papas por la soberanía universal. Uno de los asuntos centrales de esa controversia entre imperio y papado fue la potestad para nombrar obispos. Sea como fuere, y después de varios avatares, Gerberto terminó por convertirse en el primer papa francés, a partir del año 999, con el nombre de Silvestre II, cuyo pontificado romano durante unos años convulsos ostentó siempre al lado de los emperadores otónidas, hasta el momento de su muerte, en 1003.<sup>16</sup>

El papa del año 1000 reconoció como reyes a gobernantes de los reinos de Polonia y Hungría y los otorgó legitimidad pontificia. Una práctica esencial en el siglo XI, sobre todo desde la segunda mitad de la centuria, cuando los papas de Roma se consolidaron como árbitros



**Figura 3:** Placa en marfil que representa a Cristo bendiciendo la maqueta de la catedral de Magdeburgo que le ofrece el emperador Otón I (*reg.* 962-973), rodeado de santos –a la derecha, san Pedro, reconocible por sus llaves–. Otón aparece a menor tamaño, en gesto de humildad. Obra de un taller eborario del norte de Italia, probablemente, su estilo aún elementos carolingios y bizantinos. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York (EE. UU.).

internacionales, como referentes morales que concedían legalidad a los reinos y dinastías que fueron surgiendo o que estaban en vías de consolidación. Este fenómeno tuvo una relevancia fundamental en lo que respecta al Cid y a su contexto más inmediato.<sup>17</sup>

Ambas figuras brevemente reseñadas, Adalberón y Gerberto, fueron los ingenieros ideológicos responsables del nacimiento y posterior consolidación de la dinastía Capeto y los que mutaron la concepción y

aplicación de los conceptos reino y rey. Así, con esa inestimable ayuda y sostén intelectual, los esfuerzos de Hugo se encaminaron hacia la sustitución de un modelo imperial carolingio por una forma de gobierno regio en estrecha alianza con los principales poderes, nobiliarios y eclesiásticos, del momento. De ese modo, estableció una de las primeras monarquías feudales, un modelo político en el que el rey actuaba como un *primus inter pares* [primero entre iguales] obligado a compartir el poder con los nobles, que constituían la fuerza militar principal, y unas altas dignidades eclesiásticas que, además de materializarse en tropas —son igualmente señores territoriales—, aportaban algo quizá más importante: legitimidad política fundamentada en la potencia espiritual derivada de su condición de ministros de Dios en la tierra.<sup>18</sup>

Sin duda, un amparo espiritual similar al que buscaron, décadas más tarde, Rodrigo Díaz primero y su esposa Jimena después, a través de su obispo cluniacense, Jerónimo de Perigord, para legitimar y fortalecer su incipiente principado de Valencia. Jerónimo sirvió a Rodrigo y Jimena de manera similar a la que Adalberón y Gerberto habían servido a Hugo y construyó el armazón ideológico imprescindible para que un principado pudiera convertirse en reino, así como sentó las bases necesarias para establecer una dinastía hereditaria asociada a un trono y a un territorio que estuviera legitimada por Dios.<sup>19</sup>

Una de las jugadas políticas maestras de Hugo fue la asociación ceremonial al trono de su hijo Roberto, en la simbólica fecha de la Navidad del año 987. Desde entonces, padre e hijo compartieron el poder regio hasta el fallecimiento del progenitor, en torno al año 996.

Cuando Roberto II el Piadoso se convirtió en rey único a partir de ese momento, venía de haber actuado ya como monarca desde que su padre lo había hecho copartícipe del título y de la responsabilidad, en unos pocos años en los que los principales soportes de esa monarquía incipiente se familiarizaron con una continuidad dinástica. Esa costumbre de asociar al trono al primogénito la siguieron practicando sucesivos reyes capetos, una dinastía que, desde que fuera fundada por el mencionado Hugo, regentó la corona de Francia de manera ininterrumpida hasta el año 1328, cuando comenzaron las convulsiones de la llamada Guerra de los Cien Años, y, después de ese conflicto, con intermitencias, hasta las revoluciones burguesas de 1848.

Francia nos interesa en este caso por sus formas de gobierno y también por su relación con un potente señorío que determinó, en parte, la evolución política de los reinos de León y Castilla de finales del siglo XI. Ese relevante principado «francés» y, en buena medida, deter-

minante en la evolución peninsular, es el ducado de Borgoña, uno de los señoríos más importantes de la Francia medieval, que, en ocasiones, incluso compitió con los reyes franceses y mantuvo con estos relaciones de enfrentamiento o alianza, así como conservó cierta independencia con respecto al trono galo, a pesar de ser vasallo teórico del mismo, desde finales del siglo IX hasta finales del XV.

De ese condado procedieron nobles como Raimundo y Enrique de Borgoña, casados con Urraca I de León y Castilla y Teresa de Portugal, respectivamente, ambas hijas del emperador leonés Alfonso VI, desposado, a su vez, con otra noble borgoñona, Constanza. Borgoña era notable, además, porque en aquel ducado, región potente desde los puntos de vista económico y militar, se encontraba Cluny, cuya abadía constituía la sede matriz de un movimiento religioso y reformista que tuvo una intensa implantación territorial e ideológica en todo el orbe cristiano a partir de finales del siglo X, y de manera más intensa durante los siglos XI y XII, y que rivalizó, en ocasiones, en influencia y poder político con los papas de Roma, de ahí que a sus abades se los llamase «papas negros», apelativo asociado hoy al general de los jesuitas.

A veces aliados con el papado, otras enfrentados a él, los abades cluniacenses supieron tejer una tupida red de influencias en toda Europa occidental y ayudaron a propagar desde sus recintos monásticos la reforma gregoriana. Cluny se convirtió en una fecunda cantera de obispos y arzobispos que tuvieron una significativa implantación en regiones como los reinos de León y Castilla desde finales del siglo XI.<sup>20</sup>

No puede trazarse la organización política, administrativa, económica e ideológica de zonas conquistadas a los musulmanes por Alfonso VI y Rodrigo Díaz el Campeador sin el papel que representaron señores feudales eclesiásticos como los cluniacenses Bernardo de Sédillac, arzobispo de Toledo; y Jerónimo de Périgord, obispo de Valencia, respectivamente. Y es que los arzobispados y obispados dirigidos por cluniacenses se convirtieron en instituciones esenciales para la articulación de señoríos de reciente fundación, como lo era el conquistado por el Campeador en torno a Valencia. La fundación de obispados, como el que establecieron Rodrigo Díaz y Jerónimo, fue una de las consecuencias de la difusión cristiana que comenzó en el siglo XI. La expansión militar cristiana estaba conectada con el asentamiento del cristianismo en las regiones conquistadas a pueblos considerados bárbaros y paganos. Como hemos apuntado, el siglo XI asiste al inicio de la implantación del cristianismo y del feudalismo en nuevas tierras. Para Robert Bartlett, los obispados fueron un medidor efectivo de la dilatación de las fronteras de la cristiandad.<sup>21</sup>

## EUROPA INICIA LA EXPANSIÓN

Ese fenómeno expansivo de lo que podemos llamar «civilización europea» fue un proceso de larga duración en el que Europa acabó por dominar el mundo de manera paulatina y en el que hitos como la conquista de América del siglo XVI y la colonización de África, Asia y Oceanía a finales del XIX y principios del XX no fueron sino dos etapas más de ese fenómeno más dilatado en el tiempo que comenzó a materializarse, precisamente, a lo largo del siglo XI. Asistimos a lo que Robert Bartlett bautizó con acierto como «formación de Europa», que, a su juicio, se sustancia entre los años 950 y 1350, aproximadamente, y que tiene en el siglo XI el momento fundacional.<sup>22</sup>

Los frentes principales de esa expansión cristiana occidental fueron, al menos, cinco: el sur de Italia y Sicilia, las islas británicas, las llanuras centroeuropeas y bálticas, Oriente Próximo y la península ibérica. El primer impulso fundamental de esa difusión cristiana se produjo en el siglo XI, en especial a partir de su segunda mitad, y encontró continuidad en centurias posteriores en la mayoría de los escenarios referidos.

Es conveniente perfilar, aunque sea de manera breve y esquemática, algunos de esos fenómenos expansivos, pues en ellos residen algunos aspectos fundamentales que nos servirán para comprender mucho mejor el contexto «mundial» en el que se desarrolló Rodrigo Díaz de Vivar, y también al propio Campeador, un actor más dentro de aquel escenario de conquistas y mutación de fronteras. La península ibérica de la segunda mitad del siglo XI no fue, ni mucho menos, un espacio desconectado del ámbito europeo y mediterráneo, pues se integró en él de manera especialmente intensa a partir de entonces, gracias, sobre todo, a los esfuerzos de poderes eclesiásticos principales del momento, como fueron el movimiento cluniacense y un papado en proceso de fortalecimiento, con aspiraciones cada vez más universalistas. Los papas de Roma, fundamentalmente a partir de los pontificados de Alejandro II (1061-1073) y Gregorio VII (1073-1085), introdujeron cambios notables de orientación en la política eclesiástica que cuajaron en lo que se denominó «reforma gregoriana».

Claves en ese movimiento reformista fueron la lucha por el dominio del mundo, al menos desde una perspectiva ideológica, contra poderes laicos y, relacionado con lo anterior, el sometimiento a la autoridad papal de todas y cada una de las regiones de la cris-

tiandad, tanto de las antiguas como las de nueva incorporación.<sup>23</sup> Ya desde mediados del siglo XI, reyes y príncipes territoriales buscaron la legitimación de sus reinos y señoríos mediante una especie de vasallaje a los papas. Rodrigo Díaz no fue ajeno a esas dinámicas, como tendremos ocasión de mostrar (*vid.* Capítulo 7) y como ya apuntábamos más arriba.

Richard Fletcher, fallecido hace ya varios años, tuvo el mérito académico, entre otros muchos, de ser el autor de uno de los libros más interesantes y reveladores de cuantos se han escrito acerca del Cid. Publicado en 1989 en inglés con el título *The Quest for El Cid*, se tradujo poco tiempo después al castellano como *El Cid*. En esta sugestiva obra, carente de notas y bibliografía desarrolladas por exigencias editoriales, como expone el autor, un capítulo destaca, a nuestro juicio, sobre los demás; es el titulado «Contemporáneos del Cid».<sup>24</sup> A lo largo de sus páginas, Fletcher llama la atención acerca de las conexiones y similitudes existentes entre Rodrigo Díaz y algunos otros aristócratas guerreros de su tiempo. Con ello, intenta demostrar que Rodrigo Díaz no fue, en varios aspectos, un caso aislado, sino que fue, más bien, hijo de un tiempo en el que menudearon aventureros guerreros y conquistadores.<sup>25</sup>

José Manuel Rodríguez García, más recientemente, dedicó un breve pero esclarecedor artículo a ese tema esencial para conocer al Cid contextualizado en su propio tiempo.<sup>26</sup> Algunos de esos aristócratas que conquistaron señoríos en la época del Cid y en la inmediatamente anterior procedían de Normandía, una zona en la que algunos estudiosos consideran que surgió una nueva forma de entender la caballería como arma. Desde entonces, los caballeros dominaron los campos de batalla gracias, entre otros elementos, al empleo de un arma de choque devastadora: la carga de caballería. Una táctica novedosa que el propio Rodrigo Díaz empleó con éxito en alguna ocasión.

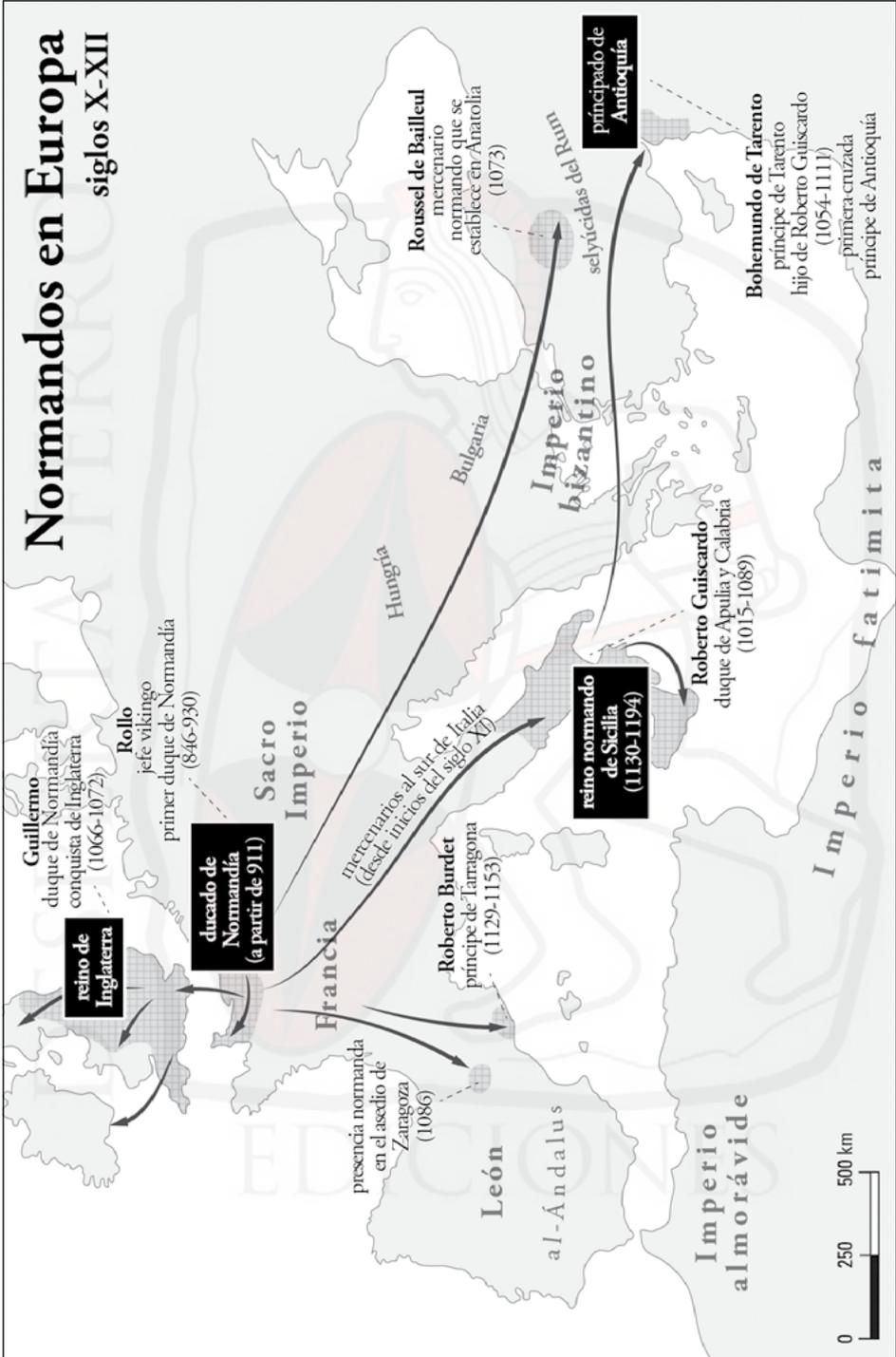
Los normandos fueron, pues, artífices de algunas de las expansiones más interesantes y efectivas del siglo XI y desarrollaron sus conquistas en tres áreas: las islas británicas, la Italia meridional y Sicilia y en algún foco de Oriente Próximo durante la primera cruzada. Las similitudes entre alguno de esos procesos y la conquista cidiana de Valencia nos parecen, en algún caso, sugestivas, y se desarrollaron en una época repleta de cambios, movimientos, traslaciones de fronteras, poblaciones e ideas. Un autor incluso ha llegado a afirmar que «la historia de Sicilia a finales del siglo XI, esa “reconquista” en miniatura, se reflejaba a gran escala en la España de la Reconquista».<sup>27</sup>

## LA EXPANSIÓN NORMANDA

Los normandos, «hombres del norte», fueron un pueblo de origen escandinavo, vikingos, que comenzaron a asentarse de manera estable en la actual Normandía a partir de principios del siglo X. En esas fechas, uno de sus jefes, Hrolf Ganger, llamado Rollo por los franceses, había mudado de dedicarse a las campañas de saqueo anuales propias de los vikingos a negociar con Carlos el Simple la concesión de unas tierras de la región de Neustria a cambio de la paz. De ese modo, Rollo y sus hombres pasaron de ser enemigos a protectores de los carolingios desde esa tierra otorgada. Con el tiempo, Rollo abrazó el cristianismo y, con ello, comenzó la cristianización de aquellos hombres del norte paganos. Le sucedió en el poder su hijo, que inició una dinastía de señores normandos a la que pertenecería Guillermo el Conquistador. Aquel territorio concedido se convirtió con posterioridad en ducado de Normandía. No podía siquiera intuirse entonces, en la época de Rollo y sus sucesores, que aquella concesión de terreno iba a erigirse como agente principal en la Europa medieval y que de ella saldrían aventureros guerreros que tuvieron un protagonismo destacado en la Italia meridional y Sicilia, en las islas británicas y en el contexto de las cruzadas, ámbitos donde, con mayor o menor grado de consolidación y permanencia, lograron conquistar territorios y establecer señoríos.<sup>28</sup>

Desde el punto de vista cronológico, aunque son procesos que, en ocasiones, se solapan, los primeros escenarios de la expansión normanda fueron la Italia meridional y la isla de Sicilia. Algunas tradiciones sitúan la llegada de los normandos a la península itálica muy en los albores del siglo XI, según las cuales, habrían llegado a aquellas latitudes meridionales a la vuelta de una peregrinación a Jerusalén, tal vez para venerar a san Miguel, patrón de los guerreros, arcángel comandante de las tropas celestiales, en el santuario que tiene dedicado en Monte Gargano, situado en las costas de la región de Apulia. Otras versiones exponen que aquellos normandos pioneros habrían recalado en Salerno en su retorno de Jerusalén y que habrían sido recibidos por un conde local a quien ayudaron a repeler un ataque bizantino, por lo que fueron posteriormente recompensados de forma espléndida y regresaron enriquecidos a Normandía.

Sea como fuere, a partir de la tercera década del siglo XI, distintos normandos se convirtieron en protagonistas en una península itálica compleja, dividida, codiciada y enfrentada. Italia en esa centuria era una suerte de mosaico que guardaba algunas similitudes con la Hispania de aquel tiempo. Bizantinos, musulmanes, duques lombardos, los papas de



Roma dominaban y disputaban territorios y representaban el poder en una región que no llegó a estar unificada hasta el siglo XIX. No es de extrañar que aquellos extranjeros del norte, especializados en la guerra y la caballería, se adaptaran a la perfección a un mundo dividido y enfrentado, del mismo modo que encajó Rodrigo Díaz en una península ibérica fragmentada en taifas islámicas y reinos y condados cristianos que luchaban entre sí. Los acontecimientos protagonizados por los normandos en el sur de Italia y Sicilia son enrevesados y diversos, están colmados de matices, giros, alianzas, protagonistas y acciones. Nos conformamos con señalar que, en ese contexto convulso, algunos caballeros normandos vieron la posibilidad de ganar señoríos propios de acuerdo con su especialización militar y actuaron en consecuencia. Así, pasaron de servir como mercenarios a distintos gobernantes locales, entre ellos a algunos papas, a proceder de manera independiente para convertirse ellos mismos en un poder más dentro de una zona disputada.<sup>29</sup> Algo similar, no sabemos si por influencia exógena o por los imperativos de la lógica y el pragmatismo, es lo que hizo Rodrigo Díaz: de ser mercenario al servicio de príncipes islámicos se convirtió en un taifa más de un entorno fragmentado y competitivo en el que, a menudo, inclinaba la balanza la adaptabilidad; el talento militar; la astucia diplomática; el arrojo, a veces temerario; la codicia y, en ocasiones, también la suerte.

Lo cierto es que la Italia meridional y la Sicilia que conquistaron los normandos con la fuerza de las armas y el contexto donde operó Rodrigo Díaz comparten no pocas similitudes. Ambos eran espacios en los que distintos actores se disputaban territorio y poder, por ello, constituyeron una oportunidad para personajes ambiciosos que tenían poco que perder y mucho que ganar. Tanto en un territorio como en el otro, los protagonistas enfrentados necesitaban de una fuerza militar disciplinada y cohesionada que les permitiera inclinar la balanza ante sus rivales. Caballeros normandos como Roberto y Roger de Hauteville, y el propio Rodrigo Díaz, se erigieron en elementos indispensables en esos entornos turbulentos. La distancia entre el convencimiento de que, en efecto, sustentaban distintos poderes gracias a sus armas y la toma de conciencia de que podían lograr aspiraciones más altas era muy corta. Unos y otros, los normandos en Italia y el Campeador en levante, llegaron a la misma conclusión: ¿por qué servir como mercenarios cuando podían llegar a ser señores de sus propios territorios ganados a espada?

Nombres como el de Ranulfo Drengot destacaron en ese teatro italiano, una suerte de pionero normando que de mercenario al servicio de condes bizantinos devino en conde de Aversa. También sobresalieron



**Figura 4:** Anverso de *trifollis* de cobre acuñado en Mileto (Calabria, Italia) *ca.* 1098-1101 por Roger I de Altavilla (*ca.* 1031-1101), aventurero normando que ayudó a que su hermano Roberto Guiscardo controlase Apulia y Calabria, para luego conquistar Sicilia, que se hallaba en manos musulmanas. Aparece un caballero ataviado a la normanda, con la leyenda ROQ E RIVS COMES [el conde Roger].

Guillermo Brazo de Hierro y su hermano Drogo, que acudieron a Italia a apoyar al mencionado Ranulfo cuando solicitó ayuda a Tancredo de Hauteville. Estos dos últimos sirvieron con sus armas a los lombardos contra los bizantinos, unos servicios por los que fueron bien recompensados. Constituyeron la primera generación de normandos que alcanzó el éxito en el Mezzogiorno italiano. Después, alentados por el éxito de sus compatriotas, llegaron a la zona otros hijos del fecundo Tancredo de Hauteville –tuvo doce vástagos– como Roberto Guiscardo, el Zorro, que era su cuarto hijo. La casa de Hauteville era un señorío normando en el que la condición de segundón proporcionaba nulas posibilidades de ascenso y riqueza a quienes, como él, no estaban situados en la pri-

mera línea sucesoria. Con Roberto viajó su hermano Roger, que, en el futuro, se convirtió en el primer rey de Sicilia, reconocido como tal por el papa en 1130.

Roberto Guiscardo supo aprovechar muy bien su talento militar y su astucia negociadora. Fue reconocido por el papa Nicolás II como duque de Apulia, Calabria y Sicilia en el año 1059. Junto con su hermano Roger, terminó con la presencia bizantina en la península itálica y con la musulmana en Sicilia, esta última en un proceso arduo y complicado que se desarrolló entre los años 1061 y 1091 y que concluyó el propio Roberto. Roger I murió en el año 1101 y le sucedió su hijo Roger II, que fue coronado rey en 1130 y cuyo reinado es conocido por su cosmopolitismo, tolerancia y florecimiento cultural.<sup>30</sup> Roberto había fallecido en 1085, después de haber consolidado su poder en el sur de Italia, y le sucedió su hijo, Roger Borsa.<sup>31</sup>

Otro de sus vástagos, Bohemundo de Hauteville, o de Tarento, fue una figura principal en acontecimientos que tuvieron lugar durante la primera cruzada. Al ver cerrada su progresión por su condición de hermanastro del heredero de Apulia y Calabria, Bohemundo no dudó en embarcarse con las tropas cruzadas, siempre en busca de su interés personal más que por ideales religiosos elevados. Una vez en Anatolia, hizo todo lo posible por lograr su propio señorío, en torno a la ciudad de Antioquía, para cuya conquista su picardía resultó fundamental. Ya como príncipe de Antioquía, tuvo que pelear contra bizantinos y musulmanes para consolidar un principado que heredó su hijo, Bohemundo II, años después de su muerte, acaecida en 1108.<sup>32</sup>

Los éxitos de esta primera generación de normandos en Italia funcionaron como «efecto llamada» para otros guerreros aventureros, ambiciosos y buscafortunas, algo que, en un mundo contemporáneo de emigrantes como el que se presenta, donde personas, y familias enteras, se veían obligadas a desplazarse muchos kilómetros en busca de una vida mejor, se puede entender perfectamente. La Italia de la primera mitad del siglo XI se convirtió en una tierra de promisión para los desheredados normandos, como lo fue la Valencia finisecular para un hombre que entendió que podía prosperar en otro lugar y no conformarse con lo que ya atesoraba en su tierra.

El siglo XI fue, como lo han sido otros muchos momentos de la historia, tiempo, ocasión y oportunidad para aquellos que no se resignaron a su destino y buscaron una vida mejor, aunque fuera a costa de arriesgar la suerte en una partida que, de inicio, podía parecer temeraria y suicida.

## LA PENÍNSULA IBÉRICA EN EL SIGLO XI

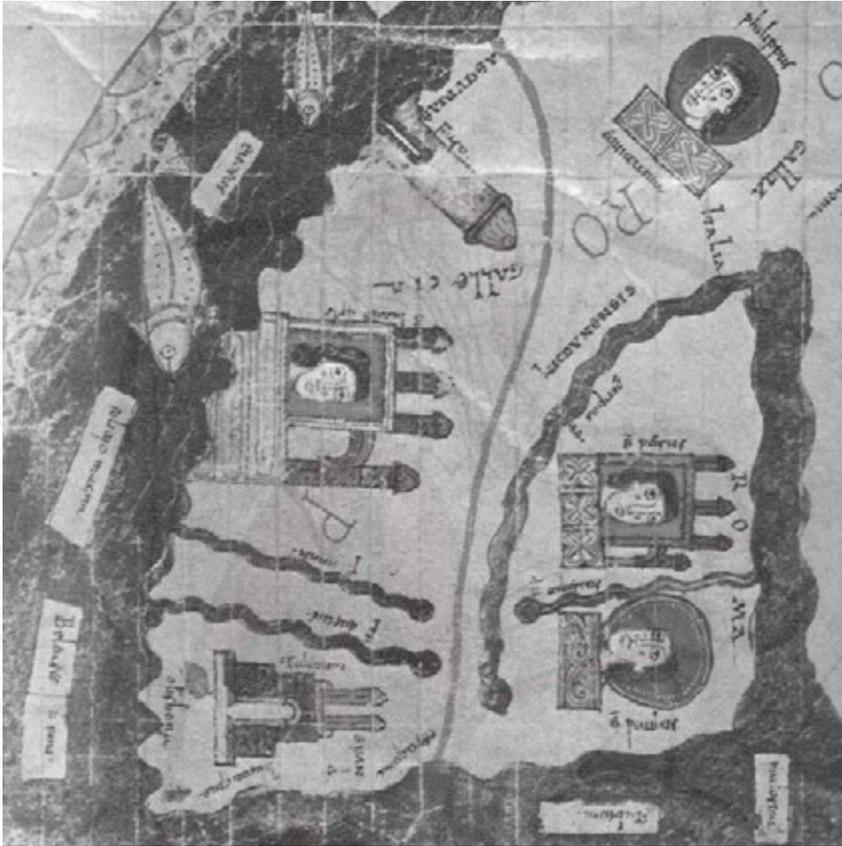
La península ibérica asiste en el siglo XI al comienzo de la llamada por algunos historiadores «Gran Reconquista», un proceso que se prolongó desde esa centuria hasta las décadas centrales del siglo XIV. A lo largo de ese periodo, distintas unidades que eran pequeños reinos y condados a principios de siglo extendieron sus fronteras desde el río Duero hasta el estrecho de Gibraltar y desde las faldas de los Pirineos hasta la actual provincia de Almería. Al-Ándalus pasó, en esas centurias, de dominar el solar peninsular desde el califato omeya a quedar acorralada en la Andalucía oriental, con el reino nazarí como último reducto de la presencia islámica en la Península. El proceso culminó en el siglo XVI y concluyó así la Edad Media y se inició la Moderna. En palabras de Angus McKay, los reinos ibéricos pasaron «de la frontera al imperio».<sup>33</sup>

En ese arco cronológico, la península ibérica experimentó cambios profundos. En síntesis, solo entendiendo el contexto peninsular en el que se desarrolló Rodrigo Díaz es posible comprender que el guerrero castellano, aunque excepcional en varios aspectos, no dejó de ser un producto de su tiempo. Es por ello que fijaremos nuestra atención en especial en aquellas entidades políticas con las que interactuó, de una manera u otra, el Cid Campeador: los reinos de León y Castilla, el reino de Aragón, los condados catalanes, sobre todo el condado de Barcelona, un al-Ándalus dividido en taifas y el Imperio almorávide.

### León y Castilla

Para León y Castilla debemos fijar, tal vez, el punto de partida en el año 1035. En esas fechas fallece Sancho III Garcés el Mayor, el soberano cristiano más notable de la primera mitad del siglo XI. El reinado de Sancho el Mayor es importante por varios motivos. Durante sus años de gobierno, no solo amplió el reino de Pamplona por territorios de León y Castilla, por medio de conquistas, matrimonio y alianzas, sino que también inició un aperturismo del ámbito cristiano peninsular hacia Europa, estableció relaciones con el papado y fomentó la implantación en sus dominios de la reforma cluniacense, en virtud de una estrecha relación con el gran abad de Cluny, Odilón.

De acuerdo con las costumbres de la monarquía pamplonesa, legó el núcleo del reino y gran parte de Castilla a su hijo mayor, García, y repartió el resto del territorio ampliado entre sus otros hijos. De este modo, a Fernando le concedió una porción del condado de Castilla;



**Figura 5:** Detalle de las penínsulas ibérica e itálica según el mapamundi del Beato de Burgo de Osma, es probable que redactado e iluminado en el monasterio de Sahagún, en el año 1086. Refleja, por tanto, los conocimientos cartográficos de época cidiana. La línea vertical marca la cordillera de los Pirineos y la razón de esta extraña disposición se explica por la herencia de los errores cartográficos de época romana, cuando se consideraba que aquella se extendía en sentido norte-sur, en lugar de este-oeste. En la esquina inferior izquierda de la imagen se aprecia el icono que representa la ciudad de Toledo, testimonio del valor que se le daba a esta ciudad en el periodo. Junto a ella, la leyenda «Spania», muy interesante porque sugiere un afán de reivindicación de la Hispania visigótica, como modelo de legitimación del esfuerzo reconquistador. Sobre el icono de Toledo se aprecian, de manera consecutiva, los ríos Duero y Miño. Más al norte, y marcada con un enorme icono, aparece la ciudad de Santiago de Compostela, decorada con el rostro del apóstol. Es precisamente en este momento cuando se desarrolló y popularizó el peregrinaje compostelano. Encima, se aprecia un faro que, probablemente, represente la Torre de Hércules y, por ende, la ciudad de La Coruña. A su derecha, leemos la leyenda «Asturiae», mientras que entre Santiago y el faro la de «Gallaecia». Biblioteca capitular de la catedral del Burgo de Osma (Soria).

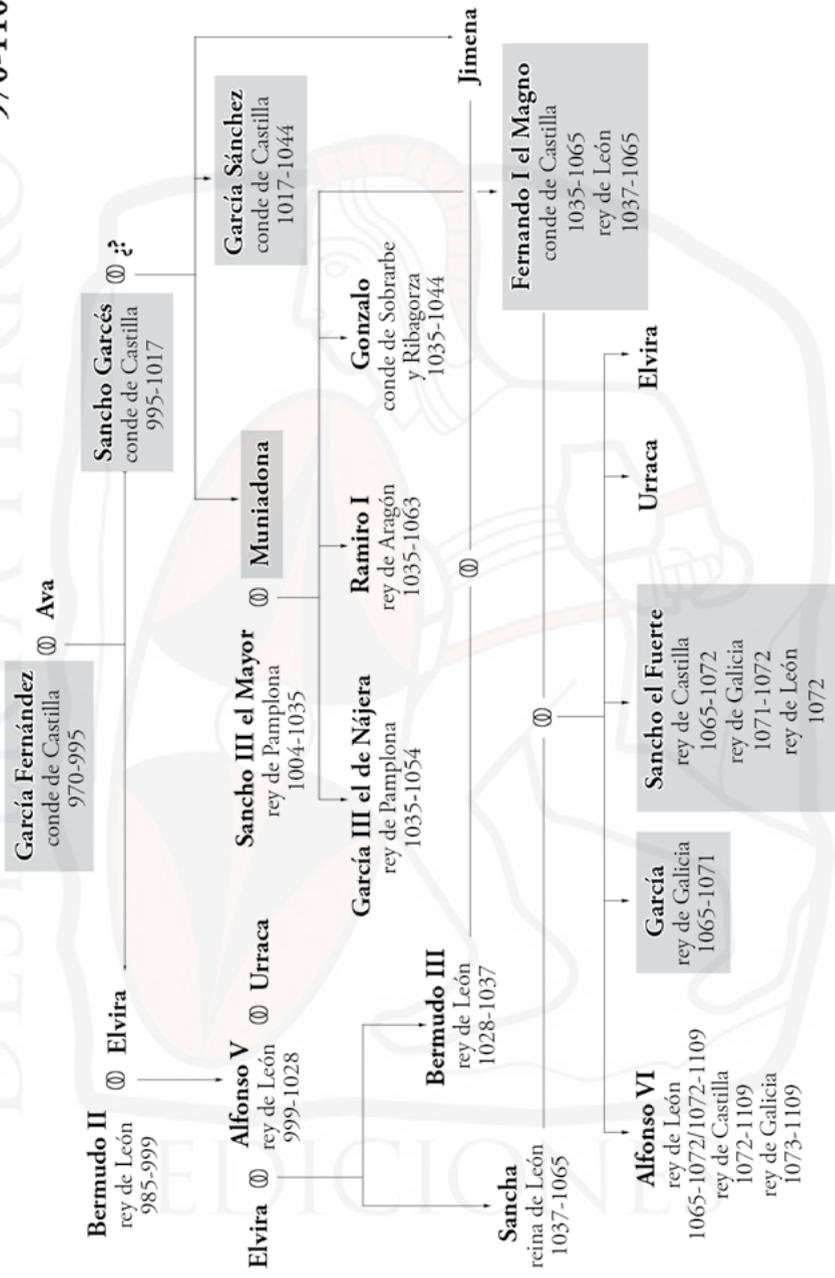
a los otros, Ramiro, considerado bastardo, y Gonzalo, los dejó en herencia demarcaciones de Navarra y Aragón y el condado de Ribagorza, respectivamente.<sup>34</sup>

Tras la muerte de su padre, Fernando I no tardó en iniciar una política de luchas fratricidas que le enfrentaron a sus familiares y que dio como resultado la ampliación de sus dominios leoneses y castellanos. En ese proceso perdieron la vida su cuñado, Bermudo III, y dos de sus hermanos, García Sánchez de Pamplona y Ramiro de Aragón, en el transcurso de tres batallas campales, Tamarón (1037), Atapuerca (1054) y Graus (1064), respectivamente. Gracias a ello, Fernando logró una notable ampliación territorial de sus dominios e incremento de su poder, como apuntábamos más arriba. Así, en esos años, pasa de ser conde de un mermado condado de Castilla a convertirse en soberano de León, por su matrimonio con Sancha, hermana del fallecido sin descendencia en Tamarón, Bermudo III. Asimismo, también vio crecer su influencia en Pamplona y Aragón gracias a una política de vasallajes forzados a los herederos de los reyes caídos en batalla. Por todo ello, se convirtió en el monarca cristiano más poderoso de la Península, al tiempo que ejecutaba conquistas de territorios islámicos, por medio de las cuales logró apoderarse de Lamego, Viseo y Coimbra, en 1057, 1058 y 1064, así como sometía al pago de parias a algunos príncipes musulmanes.<sup>35</sup>

Antes de su muerte, en 1065, el rey Fernando I decidió dividir su vasto imperio entre su progenie. Al primogénito, Sancho, le dejó en herencia el reino de Castilla; a Alfonso, León y el título imperial; a García, Galicia y los territorios conquistados en Portugal; a Urraca, Zamora; y a Elvira, Toro. Sancho, como había hecho su padre años atrás, pronto se enfrentó a sus hermanos para acumular el máximo poder posible, ya que se mostraba enormemente perjudicado por la división testamentaria establecida por Fernando.

Es durante esos años cuando empezamos a tener noticias de Rodrigo Díaz, integrado en la corte de Fernando I y, tras la muerte de este, en la de Sancho II, a quien sirvió como escudero y a cuyo lado protagonizó sus primeras intervenciones bélicas significativas. Hacia finales de la década de los 60 de ese siglo, Sancho II, el primogénito del rey Magno, encontró la muerte en el asedio de Zamora a manos de un *miles* llamado Vellido Dolfos, que es posible que actuara por encargo de Urraca y Alfonso VI, ambos hermanos de Sancho. En ese asedio, estuvo presente un joven Rodrigo Díaz, al igual que lo estuvo en dos batallas campales que habían enfrentado a Sancho y Alfonso, las de Llantada

# Castilla, dinastías Lara y Jimena 970-1109



(1068) y Golpejera (1072), sus primeras experiencias militares y en las que aprendió numerosos aspectos relacionados con la actividad que iba a marcar su trayectoria vital: la guerra.

Después de estos acontecimientos, Alfonso VI se convirtió en emperador y fue durante su reinado (1072-1109) cuando Rodrigo Díaz vivió la mayor parte de su existencia. A pesar de que una parte de la historiografía cidiana deformó la figura de Alfonso VI mediante un análisis asimétrico basado en la comparación con el Campeador, en virtud de las visiones peyorativas del monarca forjadas por la *Historia Roderici* y el *Cantar de mio Cid*, lo cierto es que el suyo constituye uno de los reinados más brillantes y trascendentales de todo el periodo medieval. Alfonso llevó al extremo la política de parias instaurada por su padre y aprovechó la debilidad de un al-Ándalus fragmentado para expandir sus dominios desde el Duero hasta el Tajo, como veremos más adelante. La conquista de Toledo en 1085 es un acontecimiento fundamental para entender lo que sucedió desde entonces en la península ibérica, pues es la primera ciudad importante que los cristianos arrebataron a los musulmanes en ese proceso de larga duración que ha dado en llamarse Reconquista.<sup>36</sup>

Alfonso VI, al igual que Rodrigo Díaz, tuvo que relacionarse con otros reinos y principados cristianos peninsulares que se encontraban en proceso de formación y consolidación. Nos interesan sobre todo aquellas entidades políticas con las que Rodrigo Díaz tuvo una relación más intensa y que no fueron otras sino el reino de Aragón y el condado de Barcelona.

## Aragón

Se podría decir que, en tiempos del Cid, el reino de Aragón era, prácticamente, un recién nacido. Sancho el Mayor, a su muerte en 1035, había dejado a uno de sus hijos, Ramiro, el entonces condado de Aragón y este no tardó en apoderarse también de los condados de Ribagorza y Sobrarbe, que le habían tocado en herencia a su hermano Gonzalo, aprovechando que había muerto. La situación de este pequeño condado era difícil al principio, aprisionado como estaba entre el reino de Pamplona, más poderoso y a quien debía vasallaje en virtud del testamento de Sancho el Mayor, y la opulenta taifa de Zaragoza. Ramiro inició el proceso de conversión del condado de Aragón en reino y, para ello, estableció alianzas con Pamplona y algunos condados pirenaicos relevantes como el de Urgell, mediante pactos y matrimonios; puede que también

iniciara un acercamiento, una especie de vasallaje, hacia el papa. Una política que siguió y consolidó su hijo, Sancho Ramírez, y que continuó su nieto, Pedro I. Todas esas políticas, trenzadas con destreza por Ramiro, permitieron que fuera reconocido por los demás como rey de Aragón, aunque la institucionalización de esa realidad no llegara hasta el reinado de su hijo, Sancho Ramírez.<sup>37</sup>

Sancho Ramírez fue el soberano que logró consolidar Aragón como reino gracias a una política hábil. En el año 1076 se convirtió, además, en soberano de Pamplona por el asesinato del monarca y el consenso entre los nobles pamploneses para ser gobernados por el rey de Aragón. Este hecho incrementó su poder e influencia en ese sector transpirenaico. A lo largo de su reinado, se desarrolló una campaña militar alentada por el papa Alejandro II que algunos han considerado como la primera cruzada, o, al menos, el antecedente más claro de lo que con posterioridad fue la cruzada. Aquella expedición se saldó con la conquista de la fortaleza oscense de Barbastro por una coalición de fuerzas cristianas peninsulares y transpirenaicas entre las que se encontraban tropas del rey aragonés, el mayor interesado en la toma de aquella posición avanzada frente a los musulmanes.<sup>38</sup>

Como cualquier otro príncipe cristiano del momento, Sancho Ramírez se vio impelido a realizar pactos coyunturales con taifas musulmanas, con la taifa de Lérida como su aliada natural. Esto era así porque el mayor enemigo del rey aragonés, y también del leridano, era la taifa de Zaragoza, por lo que hubo de fomentar la causa común entre ambos para enfrentarse a un expansionismo zaragozano en el que Rodrigo Díaz operaba como figura principal. Tras una serie de encuentros militares entre las mesnadas zaragozanas, comandadas por el Campeador, y las aragonesas-leridanas, Sancho Ramírez y Rodrigo acabaron siendo aliados. Sancho Ramírez, un sagaz diplomático, también prestó servicios militares a Alfonso VI, ya que sus efectivos estaban presentes tanto en la derrota de Zalaqa (Sagrajas) ante los almorávides en 1086 como en la defensa de Toledo, recientemente conquistada.<sup>39</sup> Es posible que ese rey de Aragón, tras establecer paces con un Rodrigo Díaz cada vez más independiente de cualquier poder, prestara parte de sus hombres al castellano.

La alianza del Cid con los reyes de Aragón se consolidó durante el reinado de Pedro I (1094-1104), quien se convirtió en el principal apoyo cristiano del castellano.<sup>40</sup> Gracias a esa relación, que las fuentes tildan de «amistad», los dos resultaron claramente beneficiados y se estableció un *statu quo* en el cuadrante nororiental peninsular que solo se vio amenazado por el avance almorávide. Los enemigos de ambos



**Figura 6:** Capitel de la catedral de San Pedro de Jaca (ca. 1080) que representa al rey David tocando en su trono una viola de arco, fídula, giga o rabel junto con otros músicos. La imagen del monarca semejaría a la de un rey coetáneo, con toda su pompa, y su trono recuerda a la silla de tijera de san Ramón, de la catedral de San Vicente de Roda de Isábena, modelos que derivan, en última instancia, de la silla curul de los cónsules romanos.

lo fueron menos gracias a ese tándem formado por Pedro I y Rodrigo, aunque también por separado cada uno de ellos logró la conquista de dos relevantes ciudades amuralladas musulmanas, Huesca y Valencia.

Para comprender la trayectoria vital de Rodrigo Díaz es necesario analizar con detenimiento la relación que mantuvo con los monarcas de Aragón de su tiempo, en especial con Pedro I. Es por ello que, llegado el momento, deberemos profundizar en un tema que nos resulta de una relevancia fundamental y que, tal vez, no se ha estudiado con la intensidad y profundidad que merece, ya que pudieron ser múltiples las influencias que recibieron ambos personajes gracias a esa relación.

## El condado de Barcelona

Otro foco político peninsular de importancia para comprender la trayectoria del Campeador son los condados catalanes, en concreto el de Barcelona. Este condado experimentó a lo largo del siglo XI un proceso

de feudalización, que ha sido estudiado por Pierre Bonnassie, y, relacionado con lo anterior, un fortalecimiento de la autoridad efectiva de la casa condal barcelonesa.

En el lapso 1020-1060 se asistió en este contexto a un periodo de crisis. El crecimiento económico que se venía dando desde décadas atrás provocó una pugna por el control de los crecientes recursos económicos, competencia señorial y menudeo de enfrentamientos privados entre familias aristocráticas por el motivo aludido. Son años en los que los campesinos buscaron la protección ante la aristocracia guerrera con el despliegue del movimiento de la Paz y Tregua de Dios. Los condes también soportaron la violencia señorial durante estas décadas de crisis en las que se formaron clientelas armadas de caballeros (*militēs*) que competían entre ellas y en contra del poder condal. Las relaciones entre los poderosos se regulaban mediante homenajes, juramentos de fidelidad y pactos privados de mutuo acuerdo entre partes llamados *convenientiae*.<sup>41</sup>

A partir de 1060, y de acuerdo con Bonnassie, se consolidó el feudalismo institucionalizado en el contexto catalán y el tiempo marcado por las luchas privadas se tornó en otro de fortalecimiento del poder condal. Desde el mandato de Ramón Berenguer I, los condes barceloneses consiguieron situarse *de facto* en la cúspide de la sociedad feudal y diseñaron estructuras duraderas para atraerse a los caballeros, como el «homenaje-sólido» y el «feudo-renta». Las familias aristocráticas más poderosas reconocieron la autoridad del conde mediante el establecimiento con él de los mencionados *convenientiae*. De esa forma, la nobleza catalana quedó integrada en un sistema de relaciones feudovassalláticas regido por el conde de Barcelona, donde la política de redistribución de beneficios obtenidos de las parias cobradas a los musulmanes actuaba como un aglutinante efectivo, así como la capacidad de crear un código jurídico adaptado a aquella realidad compleja, los famosos *usatges* de Barcelona.<sup>42</sup> A la muerte de Ramón Berenguer I, asumieron el poder sus dos hijos, Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II. Por decisión testamentaria del padre, ambos hermanos, mellizos, serían condes de Barcelona y compartirían el poder entre los dos.

Un Rodrigo Díaz desterrado dirigió sus primeros pasos hacia Barcelona para ofrecer sus servicios a los condes de esa ciudad. Al ser rechazado por ellos, partió hacia Zaragoza a servir al rey taifa al-Muqtádir y a su hijo, al-Mutamin. A finales del año 1082, Ramón Berenguer II fue asesinado en extrañas circunstancias en un bosque y es posible que detrás de aquel crimen estuviera su propio hermano, Berenguer Ramón II, apodado el Fratricida. Ya como único conde de Barcelona,



**Figura 7:** Los condes Ramón Berenguer I, conde de Barcelona y Gerona (1035-1076) y su esposa Almodis entregan 4000 onzas de oro a Guillem Ramón de Cerdaña, heredero de la corona de Carcasona, por la cesión de sus derechos sobre este condado en 1067. Fol. 83 bis del *Liber Feudorum Maior*, un cartulario compilado por Raimundo de Caldes, deán de la catedral de Barcelona, por mandato del rey Alfonso II de Aragón a finales del siglo XII, que reunía los documentos relativos a las relaciones feudales de los monarcas de Aragón y condes de Barcelona. Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona.

Berenguer tuvo en el Campeador a uno de sus principales adversarios e incluso se enfrentaron en batalla campal en Tévar, en el año 1090. Habían chocado armas previamente, en la batalla de Almenar de 1082, cuando Rodrigo se encontraba al servicio de los príncipes zaragozanos. En aquellos momentos, las taifas de Zaragoza y Lérida mantenían una guerra abierta entre ellas y era Berenguer, precisamente, el mayor aliado del rey leridano y Rodrigo comandante de las huestes zaragozanas. Con posterioridad, cuando se produjo el combate de Tévar, Rodrigo ya actuaba de manera independiente en la región valenciana y suponía una amenaza para la futura expansión catalana. Es por ello que se desencadenó aquella batalla, en la que profundizaremos. Al final de la hostilidad y la lucha se pasó a la alianza entre ambos, algo similar a lo que había sucedido con el soberano aragonés, Sancho Ramírez.

En 1096 se celebró un juicio para dilucidar la culpabilidad del asesinato de su hermano, que presidió Alfonso VI de León. En el proceso, se estableció que Berenguer era el responsable del crimen, por lo que quedó apartado de un trono condal de Barcelona que asumió su sobrino, Ramón Berenguer III. El destronado Berenguer se unió entonces a los efectivos de uno de los grandes líderes de la primera cruzada, el conde Raimundo de Tolosa, con cuyas tropas participó en el asedio de Jerusalén, donde pudo morir en 1099, el mismo año del fallecimiento de quien había sido su mayor enemigo, Rodrigo Díaz.<sup>43</sup>

No terminaron ahí las relaciones y conexiones del Campeador con los condes de Barcelona, pues una de sus hijas, María Rodríguez, terminó casándose con Ramón Berenguer III, hijo del asesinado Ramón Berenguer II y sobrino de Berenguer Ramón II. Ese matrimonio fue una de las estrategias concebidas por Rodrigo para garantizar la supervivencia de su señorío valenciano, pues la muerte de su único heredero varón en 1097, cuando luchaba contra los almorávides en Consuegra, dibujó un negro panorama de futuro para un principado amenazado.

### **Al-Ándalus: del califato omeya a los reinos de taifas**

Muchas de las claves para comprender plenamente al Cid Campeador se encuentran en al-Ándalus. Y es que no puede entenderse la trayectoria de Rodrigo Díaz, su éxito y significación histórica sin el contexto de disolución de al-Ándalus, en el que se desarrolló y con el que interactuó de manera intensa. Rodrigo Díaz es una de las consecuencias de los llamados reinos de taifas, el producto de un al-Ándalus fragmentado en



distintas unidades políticas enfrentadas entre ellas. El Campeador perteneció a una generación que se forjó en el medio siglo que media entre el surgimiento de los reinos de taifas y la llegada de los almorávides.<sup>44</sup>

A esa situación de debilidad andalusí se llegó después de una serie de acontecimientos y convulsiones que sacudió el califato omeya de Córdoba, desde la muerte de Almanzor hasta el estallido de una guerra civil que los cronistas contemporáneos denominan *fitna* y que tuvo lugar a partir de 1009, aunque con anterioridad ya había habido síntomas de su posterior manifestación. De hecho, desde la muerte de Abd al-Málik, uno de los hijos de Almanzor, el califa no fue sino una pieza más en el tablero de juego de ese al-Ándalus en descomposición.

Sorprende que el califato omeya pasara en menos de un siglo de ser un Estado potente en lo económico, lo político, lo cultural y lo territorial a convertirse en un mosaico de entidades reducidas que reproducían a pequeña escala las estructuras de esa gran unidad. Las taifas no fueron sino pequeños califatos territoriales surgidos de la desarticulación de ese antiguo gran califato. Es sorprendente que entre la época más gloriosa de los omeyas, aquellos años que coinciden con el reinado de Abderramán III (912-961), emir creador del califato –independencia religiosa con respecto a Bagdad– en el año 929, y la destrucción de aquella magna estructura mediaran menos de cien años.<sup>45</sup>

Tras la muerte de Abderramán III, y durante el mandato de su sucesor, al-Hakam II, surge la figura de Almanzor, el taimado *há'yib* que consiguió hacerse con el poder suplantando a califas titulares y ascendiendo en la corte mediante la acumulación de cargos cada vez más elevados. Su oportunidad llegó en el año 976 con el fallecimiento de al-Hakam II, que había llevado el esplendor omeya aún más lejos que su padre. Dos años después se le nombró chambelán del califa (*há'yib*) y gobernó *de facto* a partir de entonces, lo que despejó su camino de rivales políticos que pudieran hacerle sombra. También aprovechó la corta edad del califa, Hisham II, y el favoritismo que le concedió Subh, la madre regente, para anularlo y convertirlo en un títere confinándolo en palacio y supervisando su formación, o, mejor, con el fomento de su «idiotez», en palabras de Eduardo Manzano.<sup>46</sup>

Una de las claves del éxito que alcanzó Almanzor desde sus inicios, y que prolongó hasta su muerte en 1002, fue el control y ampliación de un ejército con una presencia cada vez mayor de mercenarios extranjeros, de origen eslavo y norteafricano, fundamentalmente, y, en menor medida, cristianos. Las campañas militares lanzadas de forma periódica contra los cristianos del norte (*aceifas*) fueron para él fuente de legiti-



midad y prestigio y también de botín de guerra. Llama la atención que durante los años que gobernó Almanzor no se conquistaran tierras a los cristianos, a pesar de la intensidad bélica proyectada contra ellos desde Córdoba. El mantenimiento y estructura de ese gran ejército, base principal de su poder, fue uno de los motivos del estallido de la guerra civil que terminó con el califato, pues se dividió a la sociedad entre una casta privilegiada y minoritaria de guerreros y una masa social cada vez más asfixiada por impuestos necesarios para el mantenimiento de esa estructura militar. Surgieron, además, comandantes que terminaron por crear futuras taifas en las demarcaciones que les había encomendado el dictador amirí.<sup>47</sup>

Almanzor murió enfermo de gota en Medinaceli, en el año 1002, cuando regresaba de una de sus múltiples campañas militares contra los cristianos. Le sucedió su hijo Abd al-Málik al-Muzáffar, a quien había instruido durante años para cuando llegase el momento de su fallecimiento. Los años de Abd al-Málik fueron una continuación de la política desarrollada por su padre, pues actuó a modo de chambelán del anulado califa Hisham II. Pero enfermó y murió de forma prematura, con 33 años, en 1008. Le sucedió en el cargo su medio hermano Abderramán, llamado Sanchuelo por ser vástago de una hija de Sancho Garcés II, rey de Pamplona. Hombre joven y de naturaleza débil, no tan sagaz gobernante como había sido su hermano y, sobre todo, su padre, fue víctima de las tensiones entre las distintas etnias y facciones que se venían dando desde años atrás y que explotaron durante su corto mandato como *háyib*. Los rebeldes se sublevaron al aprovechar que Sanchuelo se encontraba de expedición contra tierras cristianas. Destronaron al califa Hisham II y nombraron a uno nuevo, destruyeron el complejo palaciego de Almanzor en Medina Alzahira y se hicieron *de facto* con el poder. Sanchuelo se enteró de estos acontecimientos cuando se encontraba en Toledo. A pesar de las recomendaciones de los suyos, y de que lo habían abandonado muchos de sus hombres, decidió marchar hacia Córdoba, en cuyas afueras fue capturado por la hueste del nuevo califa para ser posteriormente decapitado.

En la sublevación cordobesa que acabó con el poder y la vida de Sanchuelo participó la madre de su hermano Abd al-Málik, aunque la turba que asesinó al último representante de la dinastía de chambelanes fundada por su padre cuarenta años atrás la respetó. El hijo de Sanchuelo, Abd al-Aziz ibn Ámir, también fue respetado por su corta edad y sobrevivió a los acontecimientos. Acabó por convertirse en el rey de taifa más poderoso de la costa levantina y actuó como taifa de Valencia desde 1021 y de Almería desde 1038.



**Figura 8:** Detalle de la llamada Arqueta de Leyre (Navarra), tallada en el año 1004 por Faray, artista andalusí. Es probable que fuera o bien capturada en el curso de alguna incursión cristiana o entregada a modo de paria o tributo a los reyes cristianos, lo que explica que acabara sus días en el monasterio de Leyre, donde se reutilizó como relicario de las santas Nunilo y Alodia. Pero su historia es muy anterior; la inscripción que contiene, en letra cúfica, indica que se fabricó para Abd al-Málik, hijo y sucesor de Almanzor. Por lo mismo, puede ser que la imagen sea la del propio Abd al-Málik, o más probablemente, la del califa Hisham II, que ejercía como tal en el momento en que se fabricó esta arqueta (976-1009). La figura aparece sentada «a la turca» sobre trono sustentado por leones. Nótese como, en la mano izquierda, porta un gran anillo que no es otra cosa que el sello real, símbolo de la autoridad califal. Con la misma mano sostiene una redoma o copa, emblema de su dominio terrenal, y con la diestra sujeta una piña, símbolo de abundancia. Museo de Navarra, Pamplona.

A partir del fallecimiento de Sanchuelo, los elementos bereberes sobre los que, en buena medida, habían sustentado su poder Almanzor y su sucesor, comenzaron a ser perseguidos, hostigados y masacrados por orden del flamante autoproclamado califa, Muhámmad II al-Mahdi. Este nuevo gobernante pronto se convirtió en uno de los muchos reyes de

taifas que gobernaron desde entonces sus dominios como si de microcalifatos se trataran. También comenzaron a enfrentarse entre sí y recurrieron cada vez más al llamamiento y contratación de tropas cristianas para hacer frente a sus enemigos musulmanes. Había estallado una guerra civil tan grave como nunca antes en al-Ándalus, había empezado una *fitna* que descompuso el califato y que propició el caldo de cultivo idóneo para que un hombre, Rodrigo Díaz, pudiera, décadas más tarde, alcanzar el éxito y convertirse en el primer, y único, rey de taifas cristiano.

Durante los cinco años que Rodrigo Díaz gobernó Valencia (1094-1099) procedió más a la manera de un soberano taifa islámico que de un príncipe cristiano. No podía ser de otra manera. No había más alternativa porque la mayoría de la población del principado de Valencia conquistado era musulmana y el componente cristiano quedaba limitado a una reducida porción de sus huestes y poco más. La cristianización de aquel principado debía llevarse a cabo de manera lenta y cautelosa, por tanto, el primer paso significativo en ese sentido no se dio hasta 1098. En ese año, el anterior a la muerte del autointitulado príncipe de Valencia, se produjo la conversión de la mezquita valenciana en iglesia cristiana, la oficialización del obispado regido por el cluniacense Jerónimo de Perigord y la dotación económica y territorial de ese obispado, motor desde el que se desplegó la cristianización y feudalización del señorío valenciano. Hasta entonces, Rodrigo había gobernado como un taifa más, básicamente, había aplicado leyes islámicas y explotado el sistema tributario existente. Una de las máximas que pareció regir en las decisiones y actuaciones del Campeador, tanto en el campo de la guerra como en el de la política, era el pragmatismo.

Sus concepciones del poder se asimilaron más a las de un rey de taifas que a las de un señor o conde cristiano, una dignidad, la de conde, que nunca llegó a ostentar. Sí actuó, en cierto modo, como una especie de ministro dentro de un reino musulmán, el de Zaragoza, como tendremos ocasión de ver con más detalle (*vid.* Capítulo 4). Pero, antes de eso, Rodrigo Díaz ya había tenido la oportunidad de sumergirse en la realidad islámica y de aprender sus costumbres, formas de gobierno, sistema tributario, gustos culturales, idiosincrasia... y puede que incluso algunos rudimentos de la lengua árabe. Merece la pena, por tanto, detenerse para hablar, aunque sea en pocas palabras y de manera resumida, de aquel mosaico andalusí que ya estaba formado, aunque no cerrado e inmutable, cuando nació Rodrigo Díaz. Es pertinente acercarse, mas de pasada, a las taifas con las que el Campeador se relacionó de manera más cercana e intensa, porque es incuestionable que de aquellas experiencias obtuvo los conocimientos que aplicó en



**Figura 9:** Dinar de Hisham II (reg. 976-1009), en cuyo anverso se puede leer la leyenda *inna muhammad 'abduhu wa rasuluhu* [Mahoma es Su servidor y Su mensajero].

distintas situaciones a lo largo de su vida. Como ya afirmamos, no puede comprenderse a Rodrigo Díaz sin intentar calibrar el grado de imprimación que el guerrero burgalés pudo llegar a adquirir de la realidad islámica.<sup>48</sup> Aquella realidad que conoció, y de la que se empapó el Campeador, era la de los llamados reinos de taifas.

Como decíamos líneas arriba, esos principados territoriales andalusíes llamados taifas comenzaron a articularse a raíz del estallido de la guerra civil o *fitna* en 1009. Sin embargo, la realidad que conoció Rodrigo Díaz, en las décadas finales del siglo XI, no era la misma de los primeros tiempos de la *fitna* y los años subsiguientes. Aunque el proceso se inició con la abdicación obligada de Hisham II en 1009, el califato perduró como institución, al menos de manera oficial, hasta el año 1031, cuando quedó oficialmente disuelto. Hay que decir, no obstante, que la noción de califato no desapareció con los reyes de taifas, ya que estos, como ha demostrado Alejandro Peláez, mantuvieron vivo el recuerdo de una autoridad califal para, después, sustentar su propia legitimidad como representantes de ese califa «ficticio».<sup>49</sup> En el intervalo, fueron múltiples las taifas que se instauraron en al-Ándalus, algunas de ellas tan exiguas como lo era el territorio dominado por una fortaleza.<sup>50</sup> Badajoz, Granada, Huelva, Valencia, Carmona, Morón, Toledo, Almería, Arcos, Zaragoza, Albarracín, Denia, Tortosa, Murcia, Silves y Alpuente fueron los primeros microprincipados establecidos. Muchos de ellos acabaron absorbidos por taifas principales como Sevilla, Granada o Zaragoza; otras, como Albarracín o Alpuente, consiguieron mantenerse.

Es posible que el primer contacto que Rodrigo tuvo con aquella realidad andalusí se produjera en 1079. Sin adelantar acontecimientos, podemos decir que, en esas fechas, Rodrigo fue enviado a la capital de la taifa hispalense para recaudar parias que el soberano sevillano adeudaba al emperador Alfonso. No sabemos con exactitud cuánto tiempo permaneció allí, pero sí lo suficiente como para que, al menos, podamos intuir que resultó formativo para él. Quizá por primera vez en su vida pudo observar el grado de dependencia que tenían los soberanos andalusíes de las huestes cristianas. Durante ese intervalo sevillano interactuó, aunque de manera hostil, con otra de las taifas potentes del sur peninsular, la de Granada, regida por Abd Allah ibn Buluggin, autor de unas *Memorias* que constituyen una fuente fundamental para entender las complejidades del siglo XI peninsular.

La segunda experiencia formativa de Rodrigo en relación con el islam peninsular tuvo lugar durante los años de su primer destierro. En ese tiempo, Rodrigo vivió integrado de pleno en la sociedad islámica de la taifa de Zaragoza, a cuyos príncipes sirvió como comandante de sus ejércitos. La relación que mantenía con los soberanos hudíes fue esencial para él y determinó, en buena medida, su trayectoria posterior. Al servicio de los príncipes zaragozanos, Rodrigo se enfrentó a la taifa de Lérida, coaligada con el conde de Barcelona, Berenguer Ramón II. Durante ese lapso, comprobó, una vez más, pero en esta ocasión de forma más intensa y dilatada, que el poder de los reyezuelos andalusíes era tan frágil que únicamente se podía sustentar sobre la fuerza que les otorgaban mesnadas cristianas bien comandadas. Una vez centrado en la conquista de Valencia y en la consolidación de un señorío propio en torno a esa ciudad, Rodrigo tuvo que relacionarse no solo con la realidad de la taifa de Valencia, sino también con otras tres pequeñas taifas vecinas: Alpuente, Albarracín y Murviedro. Estas habían sobrevivido en un mar peligroso en el que depredadores mayores devoraban a otros más pequeños y habían conseguido que sus vecinas más grandes y poderosas no las engulleran por medio de la negociación, las características topográficas de sus territorios y la astucia de sus gobernantes.

En ese mundo revuelto de taifas mutables, de enfrentamientos, negociaciones y relaciones basadas en la guerra y en el pago de tributos emerge una figura por encima de cualquier otra: Alfonso VI de León y Castilla. Y es que su política contra principados taifas y reinos cristianos vecinos es primordial para comprender la trayectoria y acciones de Rodrigo Díaz. Alfonso actuó a partir de su consolidación en el trono de León y Castilla como el auténtico árbitro en las relaciones entre las distintas

unidades políticas y sociales de una península ibérica fragmentada. Son autores islámicos, fundamentalmente, quienes nos ofrecen las claves de unas formas de hacer política basadas en la alianza, la guerra, la extorsión, el cizañamiento entre las distintas teselas del mosaico andalusí. Esta estrategia de disolución, estudiada entre otros por Francisco García Fitz,<sup>51</sup> la reflejan autores musulmanes coetáneos, como Abd Allah, de Granada, y otros posteriores que parecen beber de fuentes más antiguas. Esos cronistas manifiestan que la idea de Alfonso VI era la de dominar toda la Península. Ibn al-Kardabūs, autor que escribe a finales del siglo XII, pero buen conocedor de fuentes contemporáneas a los hechos narrados, muestra de manera nítida esa pretensión alfonsina cuando afirma que, tras neutralizar a sus dos hermanos, Sancho y García, Alfonso se vio en condiciones de lanzarse contra un al-Ándalus debilitado:

Sancho fue asesinado y García aprisionado, entonces el poder, del que se adueñó sin competencia, perteneció a Alfonso *ibn* Fernando, su autoridad llegó [así] a su apogeo y su codicia se fortaleció a costa de los musulmanes. En su falsa conclusión concibió reclamar la península de al-Ándalus entera para sí, por lo cual no se despreocupó de enviar algaras y continuas incursiones. Los días de su poder coincidieron con mucha subversión y grandes disensiones entre los musulmanes y unos se debilitaban por causa de los otros con la ayuda de los cristianos. Entonces colmaron a Alfonso de las riquezas que quiso, para que con hombres valientes les ayudase contra sus oponentes.<sup>52</sup>

Esa situación de inestabilidad y conflicto en el interior de al-Ándalus, de disgregación y enfrentamiento entre las distintas taifas (*fitna*), de disolución moral de gobernantes, de relajación de las costumbres y la disciplina no hacía sino redundar en la debilidad de unos Estados islámicos regidos por gobernantes disolutos. El escenario ideal para un gobernante cristiano fortalecido, como lo era en aquellos momentos Alfonso VI:

El Maldito [Alfonso VI], entretanto, estuvo satisfecho por lo que había de sedición (*fitna*) entre ellos. No obstante ellos [los taifas] siguieron ocupados en beber bebidas alcohólicas, en la posesión de esclavas cantoras, en cabalgar en el pecado y en escuchar laudes, pues cada uno de ellos competía por la adquisición de tesoros reales, cuando de improviso llegaban de Oriente, a fin de enviárselos a Alfonso como presente,



**Figura 10:** Alfonso VI, según una miniatura del siglo XII del Tumbo A (Libro de privilegios) de la catedral de Santiago de Compostela. Durante el reinado de su padre, Fernando I, Castilla se impuso como potencia hegemónica en la Península, tanto sobre sus vecinos andalusíes como sobre el resto de reinos cristianos. Alfonso continuó y profundizó esta tendencia, con el importantísimo hito de la conquista de Toledo, que además constituía un triunfo simbólico, ya que permitía que Castilla se erigiese en heredera del antiguo reino hispanovisigodo del que la ciudad del Tajo había sido capital.

para procurarse con ellos su amistad y alcanzar su favor sin sus exigencias. [Así] hasta que de aquellos facciosos se debilitó el opresor y el oprimido, se envileció el gobernante y el gobernado, el pueblo se empobreció y el estado de todos se echó a perder totalmente, y el pudor islámico desapareció de los individuos; pues quienes de ellos permanecieron fuera de la protección (*dimma*), hubieron de someterse al pago de la capitación (*jizya*). Entonces se convirtieron en perceptores de Alfonso, recaudando para él los impuestos, [y] ni contradijo su orden ninguno, ni se inhibió de él nadie.<sup>53</sup>

Se puede apreciar la situación caótica que vivía al-Ándalus, un marasmo en el que los asuntos de importancia se encomendaban a judíos, «convertidos en chambelanes, visires y secretarios». El ejemplo de Samuel ibn Nagrella, visir judío de los primeros gobernantes ziríes de la taifa de Granada, muestra con claridad el peso político y gubernamental que adquirieron algunos judíos.<sup>54</sup> Estos, además, eran expertos en el succulento negocio del tráfico de esclavos, gracias a su dominio de los idiomas y sus cualidades como embajadores.<sup>55</sup> De ese comercio de esclavos se benefició Rodrigo Díaz para conseguir financiación durante el asedio a Valencia. Además, también se apoyó en un judío, precisamente, para la administración de sus rentas, tributos y negocios, entre los cuales figuraría esa venta de cautivos apresados durante las operaciones de cerco a Valencia.

El ya mencionado Abd Allah ibn Buluggin, último rey de la dinastía de los ziríes de Granada, es quien mejor nos ilustra acerca de las acciones de Alfonso VI encaminadas al fomento del enfrentamiento y debilidad entre las distintas taifas. Por haber sido testigo y protagonista de los acontecimientos relatados, las opiniones de Abd Allah adquieren un gran valor informativo. El taifa cronista dibuja a Alfonso VI como un gobernante poderoso y codicioso y recrea algunas de las reflexiones del monarca cristiano, quien opinaba que cuanto más revuelta hubiese en al-Ándalus «y cuanto mayor rivalidad exista entre ellos mejor para mí». Y precisamente eso es lo que hizo el soberano leonés, alimentar la disensión entre los principados islámicos para, gracias a ello, obtener abundantes beneficios económicos y territoriales. Según Abd Allah, estos serían los planteamientos de Alfonso VI:

Por consiguiente, no hay en absoluto otra línea de conducta que encizañar unos contra otros a los príncipes musulmanes y sacarles continuamente dinero, para que se queden sin recursos y se debiliten.<sup>56</sup>

Algo similar hizo Rodrigo Díaz en el escenario valenciano, alimentar discordias internas y sublevaciones, hacerse imprescindible en la resolución de conflictos en aquella región y conseguir dinero de varias maneras posibles. El fomento de disputas intestinas, la extorsión basada en la potencia militar que le otorgaban sus huestes y el continuo cobro de tributos fueron directrices que siguió el Campeador en la zona de Valencia, al menos desde los años 1089-1090. Rodrigo no hizo sino aplicar y adaptar allí un modelo creado y llevado al límite por Alfonso VI a una escala mayor. Esa forma de sometimiento a los débiles reyes de taifas vio su fin con la llegada de los almorávides a la península ibérica en 1086. Tanto Alfonso como Rodrigo tuvieron que adaptarse con rapidez a unas circunstancias diferentes, impuestas por unos nuevos actores con los que ya no se podía negociar, a quienes no se podía cizañar porque estaban cohesionados en torno a su líder carismático. No era posible extorsionar a aquellos guerreros norteafricanos para que contrataran servicios militares cristianos, pues poseían una maquinaria bélica que nada tenía que envidiar a la de los cristianos y a la que incluso superaba en bastantes ocasiones, como pudo comprobar con amargura el propio Alfonso VI en la batalla de Zalaqa.

En ese nuevo ambiente marcado por la presencia, y la presión, de los almorávides es donde Rodrigo vivió sus años más intensos. La caída de Toledo en manos de Alfonso VI en 1085, en la que mucho tuvieron que ver maniobras de debilitamiento como las que hemos comentado, motivó un estado de pánico en algunas taifas andalusíes que las abocó a solicitar la ayuda de los almorávides. Al-Mutámid, de Sevilla, fue uno de los emires más activos en ese llamamiento. No sabía entonces el monarca sevillano que aquellos almorávides, quienes se vislumbraban como única esperanza de contener la presión cristiana, cada vez mayor, terminarían por convertirse en su propio fin y que sellarían el ocaso de unos reinos de taifas que habían sobrevivido durante más de medio siglo como balsas a la deriva en un mar turbulento.<sup>57</sup>

## Notas

- 1 Bartlett, R., 2003.
- 2 No entraremos a valorar el debate acerca del «feudalismo» entre «mutacionistas», que sostienen que en torno al año 1000 se produjo una ruptura del orden carolingio que devino en la formación del feudalismo, y que tiene en Georges Duby, Pierre Bonnassie, Jean

Pierre Poly y Eric Bournazel, entre otros, a algunos de los autores más destacados que han defendido esta postura, y los denominados «tradicionalistas», que defienden que no existió tal fractura alrededor del año 1000, sino la continuidad de un sistema feudal que se habría venido fraguando, al menos, desde el siglo VIII y que alcanzó, en un proceso sin rupturas, su maduración a lo largo del XII. T. N. Bisson se encuentra entre los autores más destacados de estas últimas opiniones y ha defendido esas tesis continuistas del modelo feudal en, entre otras obras, 1996, 196-205; también Barthélemy, D., 1997; 1998, 117-130; 1999; 2004; 2006. Una síntesis del debate en Freedman, P., 1996, 425-446. Acerca de feudalismo y estructuras feudales en Europa y el Mediterráneo *vid.* Bonnassie, P. *et alii*, 1984.

3 Acerca de la evolución del papado y del desarrollo de ideas de guerra santa que desembocan en el concepto de cruzada a finales del siglo XI *vid.* Flori, J., 2003.

4 La bibliografía de las cruzadas es tan abundante como inabarcable, por ello remitimos a trabajos de síntesis y estados de la cuestión en castellano para que el lector interesado en el tema pueda profundizar. Son los de Ayala Martínez, C. de, 2004, 341-395; Rodríguez García, J. M., 2000, 341-395 y 2014, 365-394

5 *Vid.* Fossier, R., 1988; García de Cortázar, J. A., 1981, 111-112, 154.

6 *Vid.* Bartlett, R., 2003, 149 y ss.; Fossier, R., 1984, 483-627; Duby, G., 1973 y 1987; Heers, J., 1991, 121-131; Gimpel, J., 1982; White, L., 1973. Bartlett, R., 1984.

7 *Vid.* Oakeshott, R. E., 1961; Flori, J., 1988, 213-240 y 1989, 7-40; Nicolle, D., 1988; Cirlot, V., 1985, 35-43.

8 Gameson, R., 1997; Cholakian, R. C., 1998.

9 Sería excesivo citar aquí, aunque fuese una mínima parte, los estudios existentes acerca de guerra medieval, es por ello que recomendamos a quien quiera ampliar conocimientos consultar obras de autores como Michael Prestwich, John Gillingham, Matthew Strickland, John France, Claude Gaier, Aldo Settia, Francisco García Fitz, R. C. Smail, João Gouveia Monteiro, Stephen Morillo, Jim Bradbury, Sean McGlynn entre otros. De la faceta militar del Cid, tan solo disponemos del artículo de García Fitz, F., 2000, 383-418 y algunos realizados por nosotros mismos y cuyas referencias pueden consultarse a lo largo de las páginas de este libro y en la bibliografía final.

10 *Vid.* Gaier, C., 1968.

11 *Vid.* Porrinas González, D., 2015, vol. 2, 321-325.

12 *Vid.* Porrinas González, D., 2003, 223-242 y 2015b, 489-522; enero 2017, 62-65 y marzo 2017, 22-30.

13 *Vid.* Hallam, E. M., 2001; Sassier, Y., 1987.

14 *Vid.* Bur, M., 1992, 55-63; Guyotjeannin, O., 1992, 91-98.

15 Riché, P., 1987; Guyotjeannin, O. y Pouille, E. (eds.), 1996; Brasa Díez, M., 2000, 45-60.

16 Y como ya tuvimos ocasión de mostrar recientemente en Porrinas, D., 2018.

17 Conocemos los acontecimientos de este periodo gracias al cronista coetáneo Richer de Reims, muerto hacia el año 998, continuador de

la labor historiográfica de historiadores como Hincmaro de Reims y Flodoardo. Los *Cuatro Libros de Historia* [*Historiari Libri Quator*] de Richer, escritos durante la última década del siglo X, constituyen una obra fundamental para entender el paso de la dinastía carolingia a la capeta y son una fuente esencial del reinado de Hugo Capeto. *Vid.*, por ejemplo, Barthélemy, D., 2006. Una buena forma de conocer distintos entresijos y circunstancias del momento es la monumental obra de Bisson, T., 2010.

19 *Vid.* Porrinas González, D., 2018, 109-133.

20 Cantarino, V., 1980; Constable, G., 2000; Maurice, B. (ed.), 1988; Gordo Molina, A. G., 2006, 71-80; Iogna-Prat, D., 1998; Martínez, H. S., 2007, 147-187; Montenegro Valentín, J., 2009, 47-62; Reglero de la Fuente, C. M., 2008; Rosenwein, B. H., 1982; Sanz Sancho, I., 1998, 101-119.

21 «[...] al tratarse de las células elementales de la Iglesia, los obispados medievales constituyen una unidad de medida natural y adecuada de la cristiandad», Bartlett, R., 2003, 22.

22 Bartlett, R., 2003.

23 La bibliografía relacionada con estos temas es demasiado abundante como para citarla aquí manteniendo la justicia y ecuanimidad hacia los distintos autores que, con erudición, han profundizado en la evolución del papado durante el siglo XI. El tema tiene ramificaciones fundamentales como son las relaciones del papado reformista gregoriano con una institución fundamental como es la orden de Cluny, así como sus alianzas o enfrentamientos con soberanos territoriales como los emperadores alemanes, en especial Enrique IV, los reyes de Aragón, el emperador leonés Alfonso VI, los señores normandos del sur de Italia, Sicilia o Anatolia, Guillermo el Conquistador... Para todo ello, e intentando evitar la prolijidad de notas, *vid.*, entre otros, Robinson, I. S., 1990; Cowdrey, H. E. J., 1994, 258-265; 1997, 21-35; 1991, 23-38; 1988, 173-190; 1998 y 2002; Ladner, G., 1954, 49-77; Cantarella, G. M., 2005; Flori, J., 1997, 317-335; 1998, 247-267 y 2001; Faci Lacasta, F. J., 1982, t. II, vol. I, 262-275; Fliché, A., 1976; Gordo Molina, A. G., 2003; 2003b, 51-61 y 2003c, 263-270; Laliena Corbera, C., 2006, 289-331; Llorca, B., 1976, 553-569; Palacios Martín, B., 1990, 19-29; Morghen, R., 1948, 163-172; Soto Rábanos, J. M., 1991, 161-174.

24 *Vid.* Fletcher, R., 1999, 95-108.

25 *Ibid.*

26 *Vid.* Rodríguez García, J. M., 2017, 54-57.

27 *Vid.* Bartlett, R., 2003, 28.

28 *Vid.* Chibnall, M., 2006; Crouch, D., 2007; Bates, D., 1982; Allen Brown, R., 1997.

29 *Vid.* Norwich, J. J., 1967; Skinner, P., 1995; Haskings, C. H., 1995, 192-217; Kelly, P.

30 *Vid.* Houben, H., 2002.

31 Loud, G. A., 2000.

32 *Vid.* Flori, J., 2009.

33 *Vid.* Mackay, A., 1995.

- 34 *Vid.* Martín Duque, A. J., 2007; Orcástegui Gros, C. y Sarasa Sánchez, E., 2001; Martínez Díez, G., 2007; Juanto Jiménez, C., 2004.
- 35 *Vid.* Sánchez Candeira, A., 1999; Viñayo González, A., 1987; Blanco Lozano, P., 1987.
- 36 *Vid.* Portela Silva, E., 1985, 85-122; Estepa Díez, C., 1985; Reilly, B. F., 1989; Mínguez, J. M., 2000; Laliena Corbera, C. y Utrilla Utrilla, J. F. (eds.), 1998; Ladero Quesada, M. A., 1998, 109-112. Para el mundo andalusí de finales del siglo XI es fundamental la narración del taifa granadino Abd Allah, 1980.
- 37 Durán Gudiol, A., 1993; Viruete Erdozain, R., 2008; Kehr, P., 1945, 285-326; García Guijarro Ramos, L., 2004, 245-264.
- 38 *Vid.*, por ejemplo, el reciente libro de Senac, P. y Laliena Corbera, C., 2018.
- 39 *Vid.* Lapeña Paúl, A. I., 2004; Buesa Conde, D., 1996; Canellas López, A., 1993.
- 40 *Vid.* Laliena Corbera, C., 1996 y 2001.
- 41 *Vid.* Bonnassie, P., 1984b, 21-65 y 1988.
- 42 *Vid.* Bonnassie, P., 1984b, 28; Sobrequés, S., 1961, 55-114; Valls, F., 1984; Bastardas, J., 1984; Cingolani, S. M., 2008, 135-175; Negro Cortés, A. E., 2019, 232-248.
- 43 Sobrequés Vidal, S., *ibid.*, 126-128.
- 44 Porrinas González, D., 28 de noviembre de 2018; Escalona Monge, J., 2017, 6-14.
- 45 Uno de los mejores estudios del periodo omeya es el de Manzano Moreno, E., 2006. De Abderramán III, *vid.* Fierro Bello, M. I., 2011 y Vallvé Bermejo, J., 2003.
- 46 Manzano Moreno, E., 2018, 244-245.
- 47 La bibliografía de Almanzor y su tiempo es muy abundante, *vid.*, entre otros, Fierro Bello, M. I., 2019; Echevarría Arsuaga, A., 2001; Bariani, L., 2003; Torremocha Silva, A. y Martínez Enamorado, V. (eds.), 2003.
- 48 *Vid.* Porrinas González, D., 28 de noviembre de 2018.
- 49 Peláez Martín, A., 2018.
- 50 Al igual que para otros temas tratados, preferimos la unificación de la bibliografía en una sola nota, para no dificultar la lectura al lector poco, o nada, familiarizado con el modelo académico y científico de escritura histórica, profuso en citas de bibliografía y fuentes. Para distintos aspectos relacionados con los reinos de taifas, *vid.* Fuentes primarias en la Bibliografía; Viguera Molins, M.<sup>a</sup> J., 1993, 1995 y 1999; Prieto Vives, A., 1926; Lacarra, J. M., 1965, tomo I, 255-277; Wasserstein, D., 1985; Martos Quesada, J., 2009.
- 51 García Fitz, F., 2002, 25-76.
- 52 Ibn al-Kardabūs, 1986, 97-98.
- 53 *Ibid.*
- 54 Schirmann, J., 1951, 99-126.
- 55 *Vid.* Armenteros-Martínez, I., enero-marzo 2016, 3-30.
- 56 Abd Allah, *op. cit.*, 157-158.
- 57 La bibliografía detallada de los almorávides puede consultarse en la nota 36 del Capítulo 3.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Por la terrible estepa castellana,  
al destierro, con doce de los suyos  
—polvo, sudor y hierro— el Cid cabalga.

Manuel Machado, *Castilla*

Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, es una de las figuras históricas más enraizadas en el imaginario colectivo de los españoles, desde el *Cantar de mio Cid* hasta la película de Anthony Mann, protagonizada por Charlton Heston y Sofía Loren. Pero ¿fue el Cid un héroe, un símbolo de la cristiandad cruzada, tal y como a menudo se le ha querido pintar?

Lo que precisamente distingue al Cid histórico es su cualidad de antihéroe, de señor de la guerra capaz de forjar su destino a hierro y labrarse su propio reino. David Porrinas, uno de los mayores expertos en el tema, tal y como acreditan sus numerosísimas publicaciones, plasma en este libro todo lo que la investigación histórica ha alumbrado del Cid, enfocado, en particular, hacia perspectivas poco tratadas como son las de la guerra y la caballería. La obra presenta al personaje en su tiempo, su mentalidad y sus circunstancias: el escenario para la epopeya del Campeador en una península ibérica donde los reinos cristianos comienzan a expandirse a costa de las débiles taifas andalusíes, con fronteras mutables y permeables, y donde irrumpen, por un lado, los fanáticos almorávides y, por otro, la idea de cruzada.

Y en medio, el Cid, quien en buena hora ciñó espada.



ISBN: 978-84-120798-2-1



P.V.P.: 24,95 €

**HISTORIA  
MEDIEVAL**